

La Ilustración Artística



Año XXVI

BARCELONA 11 DE FEBRERO DE 1907

Núm. 1.311



¿ME CONOCES?, dibujo de Julio Borrell

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *La dicha en una broma*. Comedia carnavalesca, por El Bachiller Corchuelo. — *Obras pictóricas de Gainsborough*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *El miedo á la vida*, novela ilustrada (continuación). — *La catástrofe minera de Saarbruck (Alemania)*. — Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.— *¿Me conoces?*, dibujo de Julio Borrell. — Escena de Carnaval que ilustra *La dicha en una broma*. Comedia carnavalesca, dibujo de Julio Borrell. — *Mimado por la fortuna*. ¿Cuál escogeré?, dibujo de G. Blakeney Ward. — *El pintor Gainsborough*, autorretrato. — *Niño rosa*. — *Mrs. Siddons*. — *Musidora*. — *Mrs. Robinson*. — *Almirante Hawkins*. — *La reina Carlota*, retratos pintados por Gainsborough. — *Salida de baile*, cuadro de Román Ribera. — *El Sr. Armin Muller, jefe superior de la Policía Internacional en Marruecos*. — *Paris. Una «chauffeur» poniendo el automóvil en marcha*. — *Saarbruck (Alemania)*. Los mineros esperando la salida de los compañeros ilesos. — *Vista exterior de Reden*. — *Traslación del ferretor de una víctima por los obreros mineros*. — *Madrid. Monumento al general D. Arsenio Martínez de Campos*, obra de Mariano Benlliure.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la economía política hay misterios que vanamente intentaríamos penetrar. Uno de estos arcanos indescifrables es el de la subida del pan, coincidiendo con la baja del precio de los trigos en el mercado.

Si la primera materia de una industria desciende en valor, natural parece que exista una proporción más ó menos exacta entre este valor y el de la materia ya elaborada. La elaboración no ha mejorado; es la misma, invariable. En buena ley, el consumidor tenía derecho á exigir que el pan costase menos, puesto que el grano vale menos. Me explico que la gente se alborote, que asalten hornos y tahonas y que aramben con lo cocido. Siempre está bien respetar el orden, pero hay cosas demasiado fuertes.

Es una fatalidad esto que ocurre con el alza de precios. Cualquier circunstancia sirve de pretexto para recargar al consumidor, y ya jamás, aunque desaparezca la circunstancia, se rebaja el coste de los artículos. Cuando estaban los francos por las nubes, los establecimientos de novedades se escudaban con el alza de los francos para elevar á los pingos hasta el firmamento. Los francos descendieron hasta su módico sobreprecio actual, y no se ha notado que por eso los trajes, los abrigos, los sombreros, la fantasía, se hayan vuelto más accesibles. Lo del pan, sin embargo, además de ser doblemente importante, es más concreto y fácil de probar. Son habas contadas. Las cosechas de 1904 y 1905 alcanzaron precios mucho más elevados que la de 1906. Con el aceite, que también sube, ha sucedido lo mismo. ¿Cuál es, pues, la razón de la subida? Únicamente la codicia de los intermediarios. El remedio sería que estos servicios de artículos de primera necesidad estuviesen montados en otra forma, apelando á la cooperación pública ó municipal para regular las ganancias y mantenerlas en un límite justo.

El que cosecha trigo, poco ó mucho, y sabe que la baratura del corriente año ha mermado sus rentas —y es el caso de quien esto escribe,—no puede menos de ver con asombro que 1907 sea el año de los conflictos por carestía del pan. Y lo insoluble del enigma económico le hace meditar profundamente, mientras desmigaja el bollo del desayuno en la leche —sabe Dios si pura ó contaminada.

* *

Porque este es otro misterio de la vida en la urbe matritense. Lo que se come cuesta caro; ¿pero es genuino, es lo que debe ser, ó sólo una engañosa apariencia, que los sentidos no saben distinguir de la realidad?

La leche que bebemos por obedecer á la preocupación más de moda en higiene, ¿ha salido de las ubres de una vaca, ó ha sido cuidadosamente confeccionada con agua, cal, margarina, sesos machacados, gelatina de despojos y otros ingredientes? El pan que tales fatigas cuesta conquistar, ¿lleva aleación de yeso, y ha sido amasado con agua de alcantarilla? Y el agua, la misma linfa de cristal del Lozoya, ¿no es acaso el residuo de sumideros, albañales, lavaderos, pudrideros, en donde vertieron inmundicias y desahogaron impurezas infinitos pueblos serranos? ¿No nos trae esta engañosa agua, tan fina y tan clara—cuando no hay turbias—el bacilo de la tifo-

idea, el microbio de la tuberculosis, los gérmenes patógenos de la miseria humana? ¿No será uno de los mayores ascos beber agua, á menos que sea peor todavía comer pan?

* *

Con estas zozobras se nos envenena la existencia. La persona más sobria ha de comer pan y beber agua; el régimen clásico de la sobriedad, el de los ayunadores ascéticos, es el agua y el pan. Y no todo el mundo puede permitirse reemplazar el pan con bizcochos y el agua con Vichy.

Quizás eran más felices nuestros abuelos, que sabían poco ó nada de higiene. Carecían de lo más elemental—no sería decoroso decir de lo que carecían, lo adivina cualquiera—y se las arreglaban, trabajo cuesta pensar cómo, pero se las arreglaban. Hay quien dice que llegaban á viejos y duraban años infinitos; hay quien cree que hoy la longevidad es mayor, que se ha dilatado el término medio de la vida humana... Me inclino á lo segundo: es imposible que tantas prescripciones higiénicas no den algún resultado práctico. Lo que digo es únicamente que conocer el fondo de la alimentación engendra inquietud.

* *

Tampoco es consolador pensar que todos los progresos realizados en medicina é higiene son inútiles ante una enfermedad menuda, indefinible, insidiosa, cuya esencia se desconoce y cuyo remedio está por descubrir. Me refiero al trancazo, catarro, gripe, dengue, enfriamiento, que de mil maneras se le llama, porque adopta mil formas y accidentes exteriores, y recorre una escala interminable, desde la ligera molestia hasta la afección gravísima, mortal.

Ese dolor de los huesos; esa laxitud de los miembros; esa desazón profunda del organismo; ese aturdimiento de la cabeza; esa fatiga que parece venir de lo íntimo de la vitalidad, son los síntomas habituales del trancazo. No obstante, á veces reviste otros distintos: calentura, inapetencia, melancolía, tos, y casi siempre debilidad, flaqueza, tedio, abatimiento. Se podría decir del trancazo que es el *spleen* de la materia.

Lejos de contarse en el número de las enfermedades que se sufren una vez y no vuelven, el trancazo insiste: su germen ignorado queda oculto en no sé qué repliegues del organismo, y acecha el momento favorable para desarrollarse de nuevo. El que con frecuencia padece trancazo, es una plaza desmantelada que cualquier enemigo toma: está preparado á la pulmonía infecciosa, al tifus, á la tisis. Y ningún padecimiento señala con huella tal de decadencia el rostro de los enfermos: ninguno «echa á pique» con tal seguridad y tal ensañamiento.

En esta época del año, no oís hablar sino del «trancazo» dondequiera. ¿Un palco vacío en función de moda? Trancazo de la abonada. ¿Excusas á la hora de un convite? Trancazo. ¿Zambullida pasajera de un hombre político? Trancazo. ¿Suspensión de un sarao, de una junta, de un concierto? Trancazo seguro. El brutal trancazo ha venido á substituir á las espiritadas jaquecas, los vapores, los nervios de las mujeres bonitas del período romántico. Es una enfermedad prosaica: nadie pensará en rodearla de la aureola con que los poetas y los novelistas han rodeado á la tisis. El trancazo además no distingue de edades: acomete á jóvenes y viejos; sobre todo, á los débiles y á los que pasan el día en ambientes viciados, donde no se practica ventilación frecuente y rigurosa. Y si con algo se previene y se cura, es con oxígeno: aire puro, aire libre.

* *

Han subido al poder los conservadores; tenía que ser así, dada la división atomística de los liberales. *La unión hace la fuerza*, dicen nuestros vecinos los franceses, y piensa todo el que conoce el mecanismo de la historia, la ley de los sucesos. La unión y la disciplina: dos cosas muy viejas, muy vulgares..., y en ellas, el único resorte de gobierno que no se gasta ni se inutiliza. Dejándonos de examinar programas, de clasificar personas; descartando todo lo que sea discutible, aunque á mí no me lo parezca, queda, como razón suprema del triunfo de los conservadores, lo compacto, lo organizado de sus huestes.

En esto ha ocurrido algo que no estaba previsto; en que la parte de la casualidad fué considerable. Creíase generalmente que el partido conservador sería el dividido, el solicitado por fuerzas centrifugas que representaban distintos hombres, todos de valía, y para los cuales, al faltar el gran Cánovas, la idea de la jefatura pudo constituir una lícita ambición. Ya en vida del mismo Cánovas, la tremenda escisión

provocada por D. Francisco Silvela amontonó negras nubes en el horizonte y comprometió la existencia del partido, considerado como elemento de defensa y seguridad para el régimen. El propio Cánovas, vaticinando disgregaciones que su fuerte mano á duras penas contenía, solía decir: «A mi muerte, habrá que alquilar balcones para ver lo que aquí pasa.» Si hoy pudiese verlo, quizás le sorprendiese el cómo se ha combinado y arreglado todo para que un nuevo *don Antonio* se encuentre al frente de una Iglesia en que no hay herejes, ni siquiera neófitos tibios en la fe. A este resultado concurrió algo imprevisto, algo terrible: la muerte... En corto plazo fueron tragados por la negra sima D. Francisco Silvela, D. Raimundo Fernández Villaverde, D. Francisco Romero Robledo, el duque de Tetuán... Barrida así la palestra, nadie puede hacer, no diré sombra, pero ni aun estorbo á D. Antonio Maura.

Yo deseo muy larga vida, hasta que se caigan de viejos, á los primates del partido liberal; pero ellos mismos reconocerán que si la suerte les enviase unos *trancazos* de mano armada, su problema se simplificaría extraordinariamente. Aún cabría solución más dulce y consoladora, pero milagrosa en grado sumo: que resucitase D. Práxedes Mateo Sagasta.

Mientras no se resuelva lo de la jefatura indiscutible; mientras se la disputen, con elementos para disputarla, seis ó siete altos personajes, el partido liberal será un enfermo, un débil, un extenuado; y no tan sólo podrá valerse mal, sino que no servirá de mucho á la causa del orden social y de la estabilidad combinada con el progreso, objeto esencialísimo de esto que llaman partidos y que deben representar corrientes profundas del sentimiento y del pensamiento de la nación. En ese báculo roto en astillas, nadie se apoyará confiado.

El terreno que va á pisar Maura está, pues, libre de zanjas y baches, á lo menos en la zona donde descansan sus pies. Más allá... Más allá, ¿quién duda que se adivinan precipicios! Para salvarlos, la cabeza firme y fría, la tranquilidad interior, son auxiliares preciosos. No conozco expectation más interesante que esta que nos produce el advenimiento del admirable orador; vamos á verle de nuevo, en el cenit de su carrera, en la plenitud de sus facultades, luchando con esta mansa disolución que nos envuelve y nos cala, como la neblina lluviosa de mi país, entumeciendo los miembros y deprimiendo el ánimo. ¿No es una canongía lo que le ha caído á Maura, no es una canongía!

* *

Apenas me queda espacio para recordar que ahí llega Momo, con sus cascabeles abollados, sus serpentinatas manchadas de barro, sus *confetti* polvorientos y sus caretas reblandecidas por el agua de nieve. El Carnaval es una fiesta que se ha equivocado de fecha; por lo menos si ha de celebrarse en las calles. Mayo sería un mes delicioso para la consabida *saturday*, que va degenerando en inocente bromazo, en paseo de gentes candorosas aficionadas á la nariz de cartón, á la escoba al hombro, á la voz en falsete, para decir doble número de tonterías de las que dijeron nunca con la cara descubierta... Porque si sabéis de algo más simple, más bobo que una mascarita, yo os ruego que me lo indiquéis. Las «bromas» son infantiles, los *confetti* sucios, las flores carísimas y escasas, el piso está enlodado... ¿Qué queda de Carnaval en Madrid?

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

El amor es el principio de todo, la razón de todo, el fin de todo.

LACORDAIRE.

La exaltación del talento por encima de la virtud es una de las maldiciones del siglo.

CHANNING.

El perfecto valor consiste en hacer sin testigos lo mismo que seríamos capaces de hacer ante todo el mundo.

LA ROCHEFOUCAULD.

La sinceridad de la palabra humana es una de las condiciones esenciales para la existencia de la sociedad.

L. CARRAU.

El hombre de valor es hombre de palabra y huye de la vergüenza de mentir más que de la muerte.

CORNEILLE.

La falsa modestia es el último refinamiento de la vanidad.

LA BRUYÈRE.

El celoso es un mártir que martiriza.

CONDESA DIANA.



LA DICHA EN UNA BROMA.—COMEDIA CARNAVALESCA



ACTO I

Época actual. — La acción en Madrid

PIERROT. (*Saliendo de su casa. Al Gitano, que espanta, con las desaforadas narices de su careta, á los chiquillos que disfrazados con unos harapos de mujer*

Carnavales sólo se diferencian en que en el primero nos lanzan á la fuerza y en el segundo podemos ó no tomar parte, según nos plazca. En el primero, se nos imponen de antemano una máscara y un disfraz, y á unos les toca hacer reír, á otros hacer llorar y á otros pasar inadvertidos, como estos mascarones que discurren hoy por ahí sin lograr una mirada para sus

de la vida no se puede decir todo lo que se piensa, aunque se piensen cosas hermosas; en la vida de Carnaval puedes decir cuanto te plazca; cuanto más grande sea el disparate, más te aplauden... Y ya ves, ¡qué ironía más cruel! El Carnaval de la vida es eterno... La vida de Carnaval dura unos días, unas horas, entre carcajadas, cascabeleos, gritos y colorines...



Pasan al trote coches con máscaras, coches sin máscaras, carrozas que avanzan majestuosamente...

y toscas caretas de ínfimo precio, discurren por el arroyo, con sendas escobas al hombro. Con su voz natural.) —¿Adónde vamos?

GITANO.—Adonde quieras... Después de todo, se nos ha malogrado la combinación...

PIERROT.—Eso ocurre en la vida, á cada paso... ¡Todo el año es Carnavall.. Nosotros tenemos el Carnaval de la vida y la vida de Carnaval... Estos dos

miserables andrajos, su tosca careta y sus vulgares ademanes. Y ¡desgraciado del que no se conforme con su papel ó no acierta á desempeñarlo!.. Acaba en el suicidio ó en la deshonra... En cambio, en la vida de Carnaval podemos elegir el disfraz que se nos antoje y la careta que nos guste, y si acertamos como si nos equivocamos, el premio es el mismo: una sonrisa siempre, de desdén ó de agrado... En el Carnaval

GITANO. (*Burlón*).—¡Metafísico estás!..

PIERROT.—Es que me cansa el Carnaval de la vida.

GITANO.—Poco se conoce... Deseas disfrutar la vida de Carnaval—la verdadera vida, según tú—y nos hemos pasado los dos primeros días encerrados en tu gabinete... ¡Y hoy el Carnaval toca á su término! Son las cuatro...

PIERROT.—¡Paradojas del destino!.. He aguardado

con ansia, con tormentosa impaciencia, la llegada de este paréntesis de la vida, y ahora lo veo pasar con tristeza, con desesperación...

GITANO.—¿Por qué?..

PIERROT.—Porque esa mujer (*señalando al balcón del piso principal de la casa fronterá*) va á ser mi perdición.

GITANO.—¿Tu perdición?

PIERROT.—Sí. La amo como se ama el misterio, lo desconocido... La amo con manía de loco, con éxtasis de poseído... ¡La amo!.. ¡La amo!.. (*Conmoviéndose hasta el disfraz.*)

GITANO.—Pero, hombre...

PIERROT.—Sí. Y de tal modo ha llegado á meterse en mi imaginación... que me priva de todo esfuerzo intelectual... Ya hace tiempo que escribo poco, muy poco... Y mi escasa labor literaria es pobre y mezquina... Es labor de distraído... Pues bien; he llegado á no poder escribir nada. ¡Estoy asustado!.. Temo que esa mujer me haya secado la inspiración...

GITANO.—Yo te he oído decir que la mujer inspira siempre, cuando es hermosa...

PIERROT.—Cuando no se la ama... de veras... porque hay muchos espejismos del amor...

GITANO.—No, no... Hay grandes amores que han inspirado grandes obras...

PIERROT.—¡Oh, sí! Cuando ha pasado la tempestad amorosa y ha roto el misterio de dos almas y desolado un corazón... Entonces es cuando el verdadero amor inspira obras hermosas... Pero antes, durante la gestación del idilio ó de la tragedia amorosa, cuando las brumas de lo desconocido rodean al artista enamorado, que no sabe si verá satisfecio su amor; que ignora si su pasión es amor verdadero ó una afección pasajera; que duda, que vacila, como en el borde de un abismo profundo... ¡Oh, no! Con vacilaciones no se hace el Arte...

GITANO.—Bueno. Pero hazme el favor de no divagar tanto. Estamos llamando la atención. ¿Vámonos?

PIERROT.—¿Y si saliera ella cuando nos fuéramos?

GITANO.—Sería preferible... Al fin y al cabo, en la Castellana la veríamos...

PIERROT. (*Pataleando un poquito como un niño contrariado.*)—Yo necesito que salga!.. Necesito encaramarme á su coche y decirla... lo que no me atrevería á decirla sin careta...

GITANO.—¡No es un crimen!..

PIERROT.—Pero es una osadía...

GITANO.—A las mujeres les encantan los osados...

PIERROT.—Mira. Me fastidia que se hable de la mujer generalizando... Yo creo que todas las mujeres son distintas... San Agustín decía que el hombre es un mundo en pequeño... Pues yo diría que cada mujer es lo menos un millón de mundos muy grandes, inexplorables...

GITANO. (*Riéndosele.*)—¡Ja, ja, ja!

PIERROT.—Pero volvamos á ésta... Y á propósito de osadías... Hace seis meses que se mudó ahí... Venía de París... Es española, madrileña... Una tarde de primavera, en un instante de esos de desaliento que todos los artistas solemos tener al principio de nuestra carrera, me asomé al balcón... En el suyo estaba ella, de luto y más que triste aburrída... Sus ojos verdes y su hermoso pelo negrísimo, con reflejos azulados, me cautivaron y me quedé como en éxtasis... En el piso de encima del mío abrieron un balcón... Al ruido levantó instintivamente la cabeza y su mirada me sorprendió como fascinado... Se retiró bruscamente, pegando un portazo que hizo tintinear la cristalería... Después, si he querido verla, he tenido que ocultarme detrás de los visillos de mi balcón. Un día me decidí á ser audaz y quise saludarla con una inclinación de cabeza... No me devolvió el saludo... Otro día en que quise sobornar á la doncella, no pude conseguir más que la noticia de que su señora era viuda... y que no le había conocido novio alguno... En cuanto á mi declaración, tuve que mandarla por correo...

GITANO.—¿Y te contestó?

PIERROT.—Sí; recibí una carta que decía: «Muy señor mío: Como secretaria de la señora viuda de Zaroso y encargada de abrir su correspondencia, he de manifestarle que tengo orden terminante de devolver, sin enseñárselas, todas las cartas de la índole de la suya; orden que me apresuro á cumplir, estrechando la mano de usted... Claudia Pérez.»

GITANO.—¿Qué atrocidad! ¿Quién es esa Claudia?

PIERROT.—Una vieja que vive con ella.

GITANO.—Pues déjala... Olvídala...

PIERROT.—¡Vámonos!..

(*Echan á andar, tuercen por la calle del marqués de Valdeiglesias y salen á la de Alcalá, atestada de una abigarrada multitud que se dirige alborotando hacia la Cibeles. Pasan al trote coches con máscaras, coches sin máscaras, carrozas que avanzan majestuosamente y cuyas máscaras alegran su paso con carca-*

jadas locas, gritos alegres, ademanes movidos, que contrastan con la impasibilidad misteriosa de sus caretas, con los matices que arranca el sol á sus disfraces pintorescos, con las multicolores serpentinas que van y vienen de las carrozas á los coches, describiendo artísticas y trémulas parábolas que susurran ligeramente...)

ACTO II

Frente á la Cibeles

GITANO. (*En la acera del ministerio de la Guerra.*)—Oye, que te llaman...

PIERROT. (*Sorprendido.*)—¿A mí?..

GITANO.—Sí. Esa *Locura* que va en ese coche de dos caballos...

PIERROT.—No es á mí...

GITANO.—Sí, hombre, sí...

(*En un coche, una mujer de formas suaves y graciosas y disfrazada de Locura, hace señas al Pierrot.*)

PIERROT.—Oye, sube conmigo...

GITANO.—Qué, ¿tienes miedo?

PIERROT.—No. Pero me pongo nervioso cuando una máscara se me dirige... Eso es yendo sin disfraz... Con disfraz me pongo más nervioso...

GITANO.—¿Por qué?

PIERROT.—¿Qué sé yo! ¿Quién es esa mujer? No puede reconocerme debajo de este disfraz... ¿Para qué me llamará?

GITANO.—¡Vamos!

(*Suben algo cohibidos. El coche echa á correr.*)

LOCURA.—¡Pobre Pierrot!.. La verdad es que los hombres de talento sois todos unos pobrecitos tontos.

PIERROT.—¡Ah! ¿Me conoces?

LOCURA. (*Con una carcajada burlona.*)—¿Qué modesto eres! Hablé de talento y te diste por aludido.

PIERROT.—¡Ah! (*Estremeciéndose corrido.*)

LOCURA. (*Dirigiéndole á través de los ojos de su inmóvil careta verde una mirada burlona.*)—Soy yo la que hablé mal... Los que os creéis hombres de talento no sois más que unos infelices...

PIERROT.—(*Emocionado.*) Pero ¿me conoces?

LOCURA.—¿No te he dicho que eres un tonto?.. ¿Quieres mejor prueba?..

PIERROT.—¿Y por qué soy un tonto?

LOCURA.—Porque la mejor prueba de talento está en saber ser feliz...

PIERROT. (*Al Gitano.*)—Esta está enamorada... Por eso viene con estas filosofías...

LOCURA.—Sí. Estoy enamorada... Supongo que no será vergonzoso el confesarlo...

GITANO. (*Socarrón.*)—En Carnaval, no.

LOCURA.—Por eso adoro el Carnaval... Además se puede conocer mejor á las gentes. La inmovilidad de la careta no engaña como los músculos de la cara...

GITANO. (*Tomando á la mujer disfrazada por lo que no es, intenta cogerla una mano.*)—Oye, tú debes ser muy fea...

LOCURA. (*Dando un puñetazo en las narices de la careta del Gitano y riendo.*)—¿Que te vas á lastimar!..

GITANO. (*Avergonzado.*)—¡Perdona!

LOCURA.—Te has equivocado... No soy lo que crees... Los hombres soléis padecer mucho esa equivocación... Os ateníis siempre á la impresión primera. Para vosotros, un peinado llamativo, una sonrisa franca, una conversación sin hipocresías, son siempre indicio inequívoco de liviandad en una mujer.

GITANO.—Bueno. Perdona, querida... Y permíteme una pregunta... ¿Nos has llamado para darnos esas lecciones?

LOCURA.—A ti, no. A mi pobre Pierrot, que se ha quedado tan mudo como su careta, sí...

PIERROT.—¿A mí?

LOCURA.—Sí. Cuando he leído tus cuentos, tus artículos, te creí otro hombre. Yo te creía alegre, despreocupado, ingenioso, atrevido...

PIERROT. (*Buscando inútilmente una frase ingeniosa en su cerebro, y como es natural, no hallándola.*)—¡Es que hoy me he disfrazado!..

LOCURA.—Pues yo voy á aconsejarte una cosa... Para ser feliz, hay que saber ver dónde, cómo y de quién se enamora uno... Y sobre todo... dejarse amar. El verbo amar es más hermoso cuando lo conjugamos por pasiva...

PIERROT.—Pero ¿adónde vas á parar?

LOCURA.—A decirte una cosa... Que te amo, que te amo como tú puedes amar...

GITANO.—¿Qué gracia!

PIERROT.—¿Qué broma!

LOCURA.—¿Lo ves? Eso pasa siempre... Luego los hombres os quejáis si una mujer, al oiros decir que la amáis, os contesta: «¡Qué gracia! ¡Qué broma!» ¿Queréis decirme en qué se diferencia el alma masculina de la femenina?

PIERROT.—¿Pero quién eres?

LOCURA.—Soy mujer.

GITANO.—Se te conoce en lo habladora...

LOCURA.—Soy hermosa... muy hermosa...

GITANO.—Eso se puede decir con careta...

LOCURA.—Sin careta no necesitaría decirlo...

GITANO.—¿Y tienes alma?

LOCURA.—Más grande que las dos vuestras...

PIERROT.—¿Y sabrás querer?

LOCURA.—Sé hacer la felicidad de un hombre...

PIERROT.—¿Pero quién eres?..

LOCURA.—Una mujer que te ama y que te hará muy feliz si sabes encontrarla, y si sabes hacer lo que he hecho yo, ir á decirselo francamente, resuelto, decidido, como el que sabe que va á pedir lo que ya es suyo... Oye, ¿quién es aquella?.. (*Señalando con su manecita enguantada de blanco á un lado del paseo.*)

(*Pierrot y el Gitano se vuelven violentando mucho su postura, porque la careta sólo permite ver un reducido espacio ante ellos y les impide la vista de lo que pase á su lado. Cuando vuelven la cara, la Locura se ha deslizado rápidamente de su coche y se ha metido en otro que va en la fila en dirección opuesta. Pierrot y el Gitano lanzan una exclamación de sorpresa.*)

PIERROT.—¡Nos ha burlado!

GITANO.—¿Qué broma!

PIERROT.—¡Y tendremos que pagar el coche!..

GITANO.—¿Estaría en combinación con el cochero?

PIERROT.—Va allí en aquel coche... ¡Cochero! ¡Cochero!

EL COCHERO.—¿Qué manda usted?

PIERROT.—¡A escape! ¡Siga usted aquel coche! (*Señalando al en que huye la Locura.*)

EL COCHERO.—No es posible, señorito; hay que seguir la fila... hasta la primera bocacalle...

GITANO.—¡No! ¡No hace falta!..

PIERROT.—¿Por qué?

GITANO.—Porque para enterarme de quién era le quité su bolso... (*Abriéndolo y registrándolo.*) Bille-tes de Banco... un pañuelito de encajes... ¡Ah! Un tarjetero. (*Sacando una tarjeta.*) ¡Ah! Mira. (*Dándole la tarjeta.*) Lee...

PIERROT. (*Sintiéndose desfallecer de alegría y de felicidad.*)—¡Ella! ¡Es ella!

GITANO.—Es ella, que es más valiente y más mujer que tú hombre...

PIERROT.—¿Por qué?

GITANO.—Porque ha sido más astuta...

PIERROT.—¿Y si ha sido una broma?..

GITANO.—Ve á devolverle el bolso...

ACTO III

PIERROT. (*Sin careta.*)—Perdóneme usted, señora... No he querido entregarle esto (*el bolso que lleva en la mano*) á la doncella por no privarme del placer de ponerme á sus pies.

LA VIUDA. (*Con una tranquilidad incomprensible.*)—¡Sí! Sabía que lo tenían ustedes...

PIERROT. (*Asombrado.*)—¡Pero usted sabía!..

LA VIUDA.—Como que vi que su amigo de usted lo cogía...

PIERROT. (*Cayendo de rodillas ante ella.*)—Señora, vengo por su amor; yo seré su esposo, su esclavo...

LA VIUDA.—¿Qué hace usted? (*Riendo de un modo que le da frío á Pierrot.*)

PIERROT.—Vengo por lo mío... por su amor...

LA VIUDA.—¿Y si hubiese sido una broma?

PIERROT. (*Levantándose y hablando convencido.*)—¡Oh! No... No fué una broma. Acuérdesse usted que dijo que la careta engaña menos que la cara... Y entonces, cuando usted me dijo que me amaba, yo vi en la careta algo extraño, como si la verdad la iluminase... Usted sabe lo que he sufrido por usted...

LA VIUDA.—Por mí no, por ser un tonto...

PIERROT. (*Ebrio de dicha.*)—¡Ah!

LA VIUDA.—Luego hablan de las mujeres... Si la mujer no tuviera más ingenio que los hombres para buscar su felicidad, ¡qué desgraciados serían muchos de ellos!.. Y ahora, (*llamando*) ¡Claudia!

CLAUDIA.—¿Señorita?..

LA VIUDA.—Claudia, tenga usted la bondad de acompañarnos...

CLAUDIA. (*Comprendiendo.*)—¿Tendrá usted que encargar tarjetas nuevas?

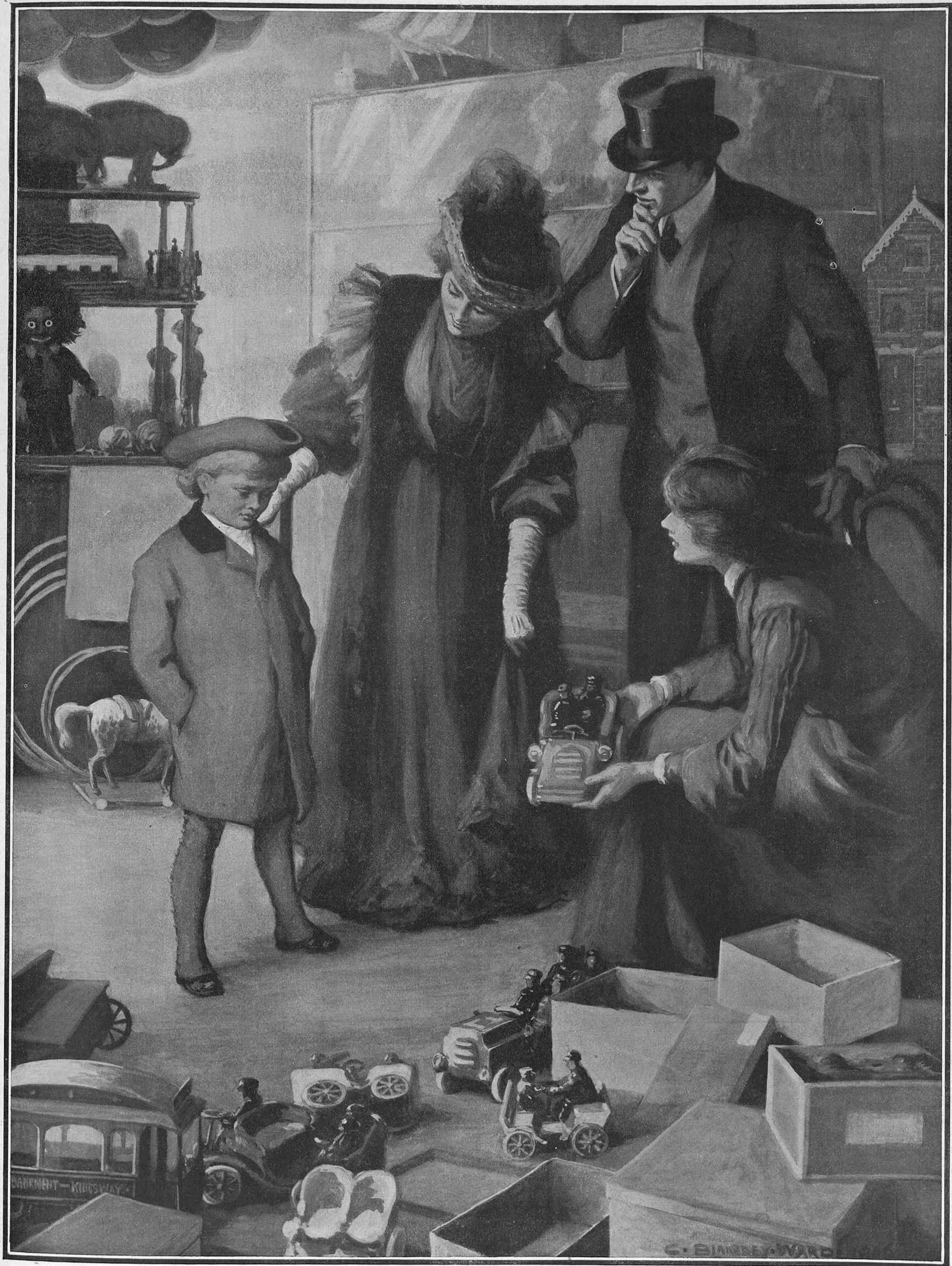
LA VIUDA. (*Mirando enamorada á Pierrot.*)—¡Una broma de Carnaval!..

PIERROT.—¡Una broma y es mi felicidad!..

LA VIUDA. (*Con acento de profunda convicción y de clara experiencia.*)—No se entusiasme usted... Hoy nos queremos y ciframos nuestra felicidad en el cariño... ¿Será éste nuestra dicha? Piense usted que la dicha, como la infelicidad, no es más que una broma de esa máscara que se llama el Destino.

EL BACHILER CORCHUELO.

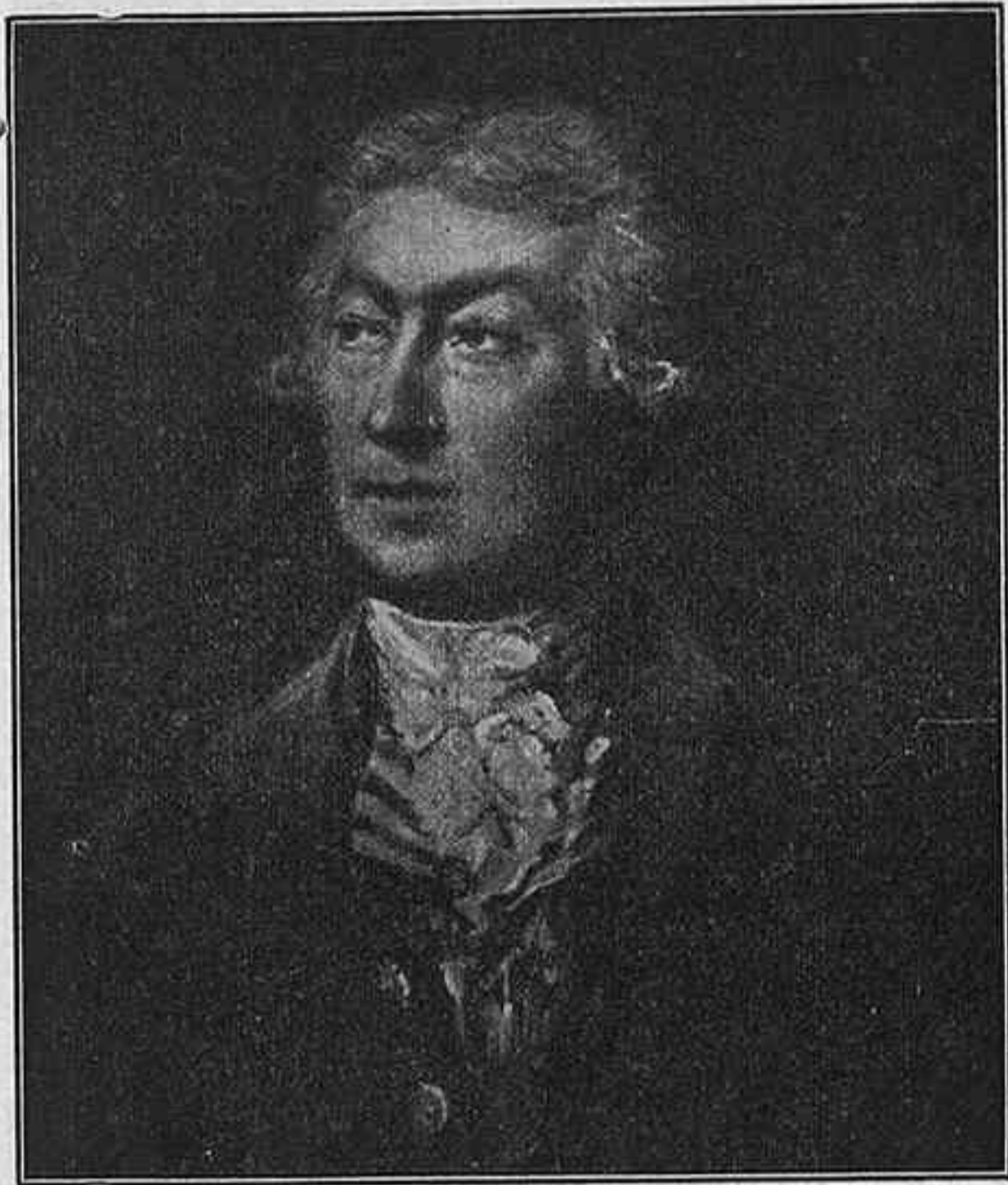
(Dibujo de Julio Borrell.)



MIMADO POR LA FORTUNA.—¿CUÁL ESCOGERÉ?, dibujo de G. Blakeney Ward

OBRAS PICTÓRICAS DE GAINSBOROUGH

Este famoso artista inglés, rival de Reynolds en el retrato y de Wilson en el paisaje, es considerado por la mayoría de sus compatriotas como el padre de la pintura inglesa moderna. Su influencia se siente, á pesar de los juicios desfavorables de algún afamado crítico alemán, en los artistas de buena parte del reinado de Victoria, en Constable, en la escuela de Glasgow y en los que fueron alumnos de la Academia de arte moderno.



EL PINTOR GAINSBOROUGH. — Autorretrato

Gainsborough fué ante todo retratista por sus aptitudes y por vocación. Verdad es que la fuerza de la pintura inglesa está en el retrato, y que á éste recurre el arte británico hasta en su época de decadencia, constituyendo el arte nacional; los lienzos de Mitología, de Religión ó de Historia no escapan á la influencia del extranjero. Pero es injusto comparar los retratos de Gainsborough con los de nuestro Velázquez, como se nota en los trabajos de algunos críticos in-

gleses. Velázquez poseyó como nadie lo que debemos considerar como más extraordinario y sublime en la fuerza artística: el dominio de las masas y la representación del desnudo. Gainsborough no pudo llegar nunca á rayar tan alto; el artista inglés, que vestía sus figuras con los trajes de Van Dyck, se desconcer-



NIÑO ROSA

taba en cuanto tenía que formar un grupo, y aun en su *Musidora*, que es, en el verdadero sentido del arte, lo más grande que salió de su estudio, hay profundos errores anatómicos que no puede borrar de la mente ni siquiera el encanto de tantas cosas bellas como contiene el lienzo.

El gran mérito de Gainsborough está en otra parte: está en la vida de las figuras aisladas, en el colorido y en la luz. Acaso, para hacer justicia sea

necesario afirmar que nuestro artista no puede entrar en la comunidad de los grandes maestros, de los gigantes de la pintura; pero nadie puede negar que casi todos sus lienzos sugestionan por la finura, la gracia, la elegancia. ¿Quién duda que el retrato de la duquesa de Devonshire es encantador por su delicadeza?



MRS. SIDDONS

¿Quién no se impresiona ante *Mrs. Robinson*, uno de los modelos más perfectos de gracia femenina? ¿Quién no admira la elegancia, la inimitable armonía de



MUSIDORA

tonos fríos que se observa en el *Niño azul*, superior, desde muchos puntos de vista, al *Niño rosa*?

La exquisita ejecución que se observa en los cuadros de Gainsborough va acompañada de otra cualidad eminente, digna de veneración: la independencia. Reynolds pasó su vida en perpetua esclavitud artística; fué un clasicista impenitente, un académico entusiasta. Gainsborough fué independiente, libre, quizás porque le ayudó materialmente la fortuna; ganó sumas fabulosas en Ipswich y en Bath, é hizo vida de gran señor en Londres.

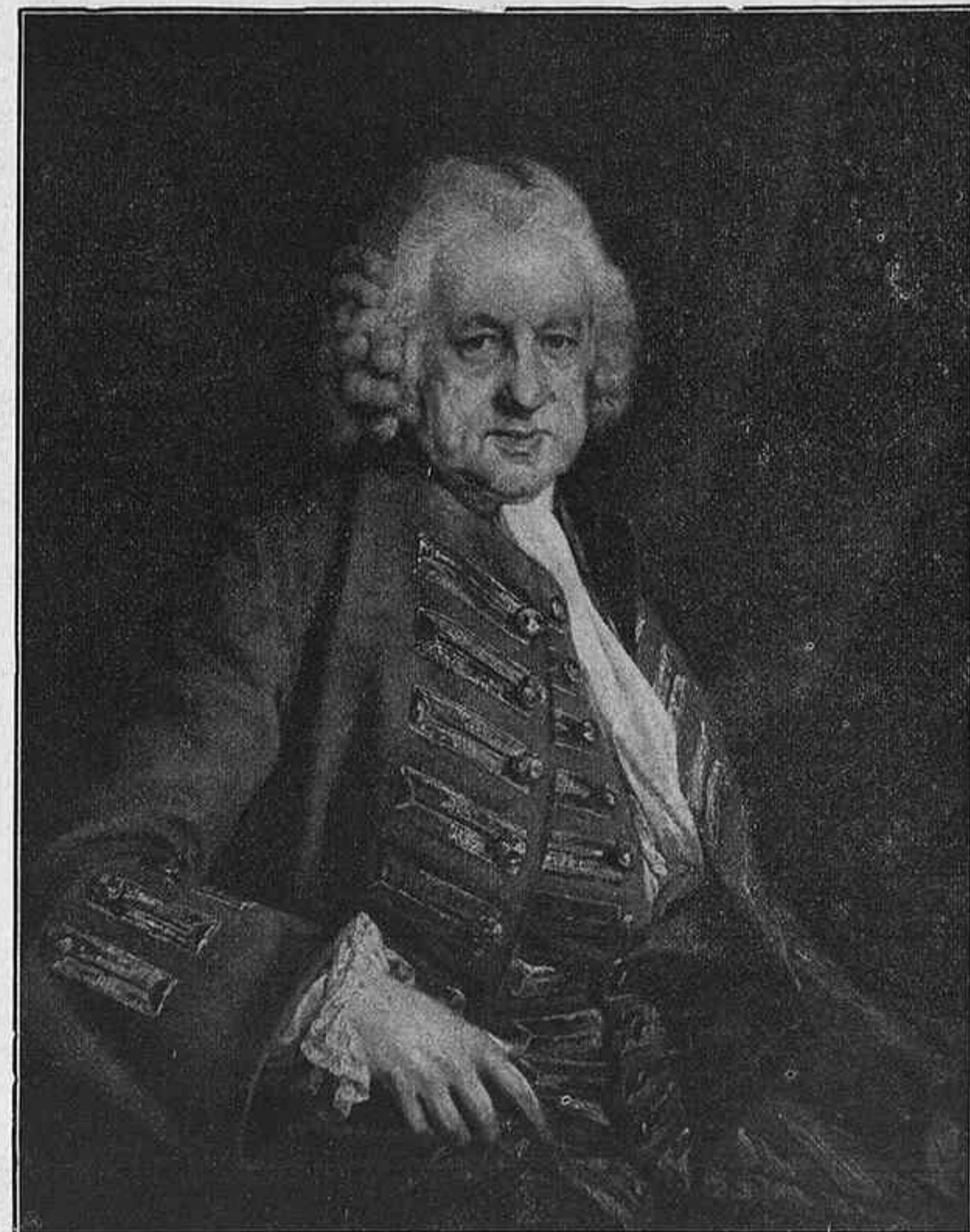
En la última época de su vida parece que Gainsborough adquirió una ligereza inimitable: dicen algunos de sus biógrafos que la mano del artista es ligera como el paso de una nube y fugaz como el reflejo de un rayo de sol. Lo cierto

marcadísimas diferencias entre ambos pintores. El dibujo de Reynolds es mucho más correcto que el de Gainsborough, pero sus composiciones mitológicas son tan artificiales, tienen tan poco del propio espíritu del artista, que con sobra de razón han sido olvidadas, casi en su totalidad.

Si se quiere comparar á estos dos famosos pintores, contemporáneos entre sí y representantes de la pintura de su época, el crítico debe buscar los términos de la comparación en lo análogo, en lo semejante, y no en lo heterogéneo. Comparar, por ejemplo, el delicioso *Niño azul*, de Gainsborough, con la *Sibila*, de Reynolds, vendría á ser como si quisiéramos hallar la relación entre Goethe y



MRS. ROBINSON



ALMIRANTE HAWKINS



LA REINA CARLOTA

es que el autor de *Musidora* se revela como un maestro en la ejecución, digno y airoso en la expresión y profunda y esencialmente inglés en el sentimiento. *Ve* la vida; la naturaleza pasa por su espíritu y reaparece palpitante en el lienzo, con su propia animación, sus tonos alegres ó sombríos y su fuerza vigorosa. En muchos de sus cuadros se descubre al precursor de Constable; otros, con sus nubecillas rosadas, sus árboles oscuros en primer término y azules en el fondo, recuerdan los admirables paisajes de Watteau y de algunos de sus discípulos; otros, en fin, nos traen á la memoria los lienzos de Ruisdael y de Hobbema. Ante *El manantial*, el más acabado de sus paisajes, enmudece la crítica, llena de admiración: tal es la verdad del ambiente, lo justo y entonado del colorido, la extraordinaria firmeza y habilidad de la factura. El *Niño azul*, en donde Gainsborough resuelve magistralmente el problema del color, se cita además como ejemplo artístico de delicadeza y de gracia. Reynolds, cuyos niños, si exceptuamos *La edad de la inocencia*, suelen tener la gravedad y á veces la dureza de facciones del hombre adulto, no hubiera llegado nunca á pintar un rostro juvenil con la viveza y expresión que tienen el *Niño rosa* y el *Niño azul*.

Gainsborough, como Reynolds, como Roseburn, es un clásico inglés, y como éstos, tiene una personalidad distinta y vigorosa. Se comprende: así como los alemanes contemporáneos suyos ansiaban ser cosmopolitas é iban de Inglaterra á Francia y de aquí á Italia, los ingleses, aferrados á la cultura propia, continuaron siendo *ingleses*, esto es, artistas nacionales, que, de este modo, han logrado ser clásicos.

Se ha comparado mucho á Gainsborough con Reynolds, aunque existen

Schiller parangonando las encantadoras escenas del *Fausto* y de *La novia de Mesina*. Contemplando el *Niño azul* se cree firmemente que Reynolds no hubiera podido producir la admirable armonía de tonos de que hablábamos antes; pero si se considera la *Condesa de Albemarle*, de Reynolds, cualquiera se convence de que Gainsborough no hubiera conseguido la inefable delicadeza de tonos grises que forma el encanto de este lienzo.

Ambos artistas se completan; ambos fueron retratistas de profesión; es decir, que no escogieron sus modelos, sino que pintaron *por encargo*, y si los visitó únicamente la flor y nata de la aristocracia de la sangre y de la inteligencia, esto lo debieron á la época y á las circunstancias de ésta, más aún que al mérito. La misma diferencia de sus caracteres establecía otra distinción en las obras de ambos rivales: Gainsborough, afortunado siempre y de temperamento sanguíneo, acertó más bien entre las gentes de buen humor, ganosa de los placeres del mundo; Reynolds, el pensador, tuvo los mayores triunfos pintando á los sabios y poetas de su tiempo. Por último, el colorido es también á manera de un trasunto del carácter y temperamento de cada uno: Gainsborough se acerca más á la escuela veneciana que á Watteau, aunque ya hemos dicho que muchos de sus paisajes recuerdan al gran paisista francés.



SALIDA DEL BAILE, CUADRO DE ROMÁN RIBERA. (Salón Miralles.)

EL SR. ARMIN MULLER

El día 2 del actual, el Consejo Federal helvético nombró al coronel de artillería del ejército suizo Sr. Armin Muller jefe superior de la Policía Internacional, que con arreglo á lo consignado en el acta de Algeciras debe establecerse y organizarse en el imperio marroquí. Los antecedentes y circunstancias de tan distinguido militar hacen suponer que llenará satisfactoria y cumplidamente los difíciles deberes que su elevado cargo le impone y corresponderá á la confianza de que ha sido objeto. Joven todavía, pues nació en 1855, desempeñaba actualmente el cargo de comandante militar de Berna. Dotado de gran energía, espíritu sereno y vasta ilustración, reúne circunstancias especialísimas para llevar á cabo airoosamente su cometido. Posee varios idiomas, así como goza de gran posición, abrigando el propósito de establecerse en Tánger, con su esposa y sus cuatro hijos, tan pronto como el sultán haya ratificado su nombramiento, de conformidad con lo establecido en la referida acta de Algeciras. Acompañará al Sr. Muller, en calidad de ayudante, un capitán del ejército helvético.

más ó menos peligros que la primera. De todos modos, la prueba se ha verificado ya, y si eran muchos los que se disputaban el honor de ser cocheados por un automedonte con faldas, no serán pocos los que querrán que una automovilista simpática les conduzca por las calles y plazas de París, pues tiene la profesión de *chauffeur* femenina la ventaja, sobre la de

BARCELONA. — Se han estrenado con éxito: en el teatro Eldorado, el juguete cómico en tres actos *La muñeca eléctrica*, de Alejandro P. Maristany, y el drama en un acto *Valor*, de Modesto Urgell. En el Gran Teatro del Liceo se ha cerrado la temporada de ópera con la representación de *La Valkyria*, de Wagner.

MIMADO POR LA FORTUNA. — ¿CUÁL ESCOGERÉ?

DIBUJO DE G. BLAKENEY WARD

La abundancia, el exceso de riquezas no constituye la felicidad, singularmente cuando el que las posee se halla ya hastiado de los goces que aquéllas le reportan. Así «contece al niño mimado, al acariciado por la fortuna, que después de haber satisfecho todos sus deseos y sus menores caprichos é indicaciones, hállase indeciso, perplejo, ante el conjunto de juguetes que sus padres le ofrecen, sin darse cuenta de su importancia, sin apreciar su mérito y el valor que cada uno de ellos representa, ahitado, repleto en sus infantiles goces, por la abundancia de que siempre se le ha rodeado, por la debilidad afectuosa de los autores de sus días, que ante los consejos de su cariño, no se han dado cuenta de las pesadumbres y sinsabores que en lo porvenir la suerte podía reservar á su hijo, al sufrir los rigores de las primeras contrariedades, la amargura de las primeras decepciones.

Tal es el asunto que ha servido de tema al autor del dibujo, que con su trabajo ha demostrado su temperamento de artista y su carácter de hombre pensador y moralista.

SALIDA DE BAILE, CUADRO DE ROMÁN RIBERA

Otra bellísima producción del excelente artista Román Ribera nos cabe dar á conocer á nuestros lectores. Su «salida de baile» de hoy es digna compañera de aquellas que hace años le dieron celebridad. En la de hoy obsérvanse las mismas bellezas, igual distinción, análoga primorosa tonalidad. Si cabe, justo es consignar que la producción á que nos referimos representa mayores méritos que las anteriores, porque á medida que los años transcurren, se afirman las cualidades y aptitudes del artista, se patentiza su maestría y se manifiesta ese buen gusto que constituye la característica de las obras de Ribera, en quien hemos de ver siempre á uno de los más genuinos representantes del arte contemporáneo de nuestro país.

Bien haya el artista que tantos motivos ofrece para que se le aplauda, y bien haya el amigo querido, merecedor de nuestra admiración y simpatía.



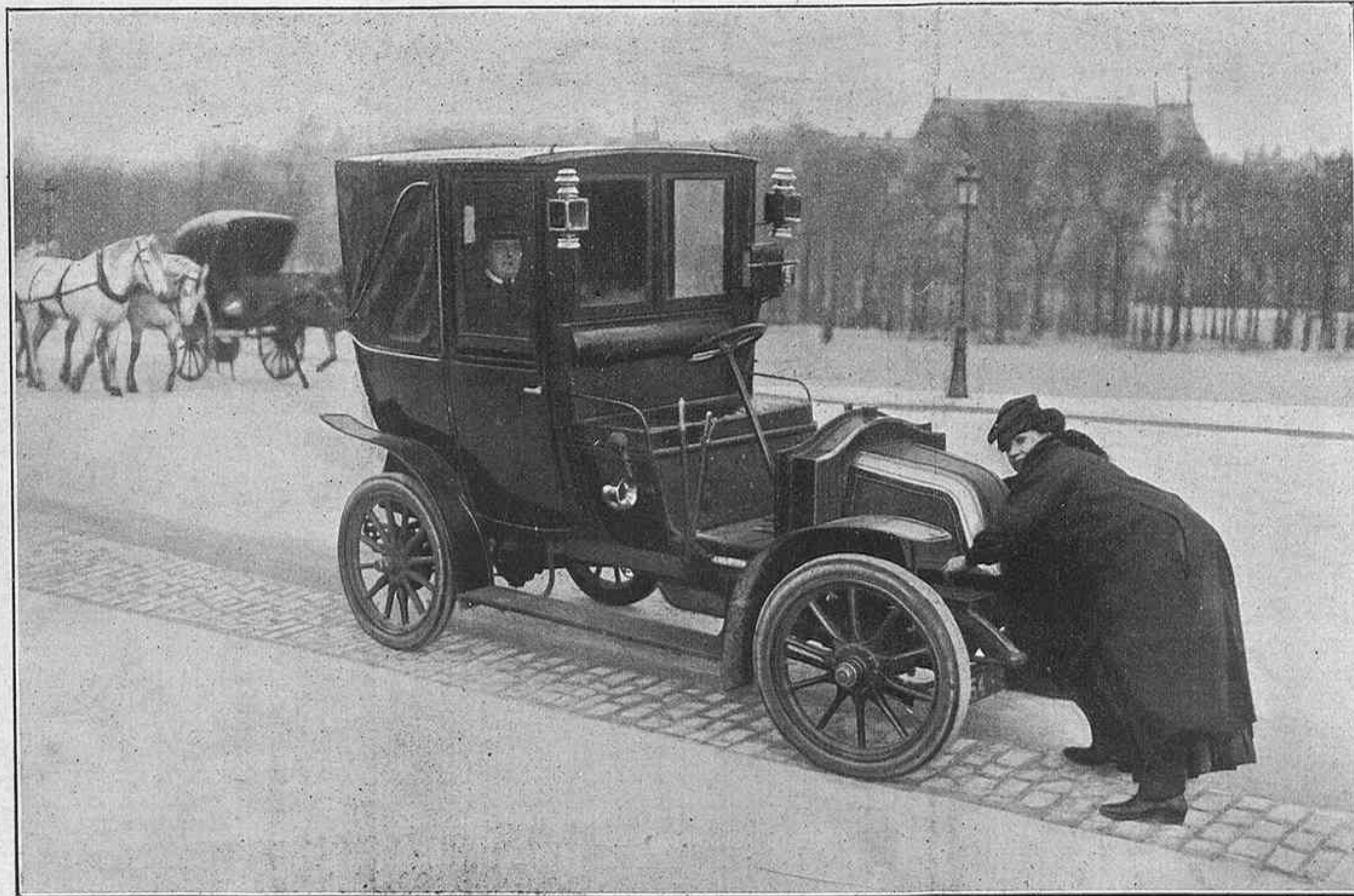
ARMIN MULLER, jefe superior de la Policía Internacional en Marruecos

cochero, de que será muy posible entablar diálogos más ó menos edificantes, aun á riesgo de que por consecuencia de una distracción se estrellen contra un farol ó una esquina el pasajero y su conductora.

MISCELÁNEA

Espectáculos. — PARÍS. — Se han estrenado con éxito: en el Odeón, *La maison des juges*, comedia en tres actos de M. Gastón Lerroux; en la Parisiana, *Viva la Parisienne!*, comedia en cinco cuadros de M. Mauricio Froyez; en el teatro An-

— La Asociación Musical de Barcelona ha cesado ya el contrato con la Junta de gobierno del Gran Teatro del Liceo para dar en el mismo cuatro conciertos sinfónicos en la próxima temporada de Cuaresma, en los que se ejecutarán obras de importantes compositores. Dos de dichos conciertos serán dirigidos por el maestro Siegfried Wagner, y se darán á conocer obras capitales de las escuelas modernas alemana, belga, francesa é italiana, entre las que figurará la audición, primera en España, de los poemas *La mer*, de Gilson; *Psichis y Eros*, de César Frank, y el oratorio *La resurrección de Lázaro*, del abate Perosi.



PARÍS. — UNA «CHAUFFEUR» PONIENDO EL AUTOMÓVIL EN MARCHA. (De fotografía de Branger.)

PARÍS. — LAS MUJERES «CHAUFFEURS»

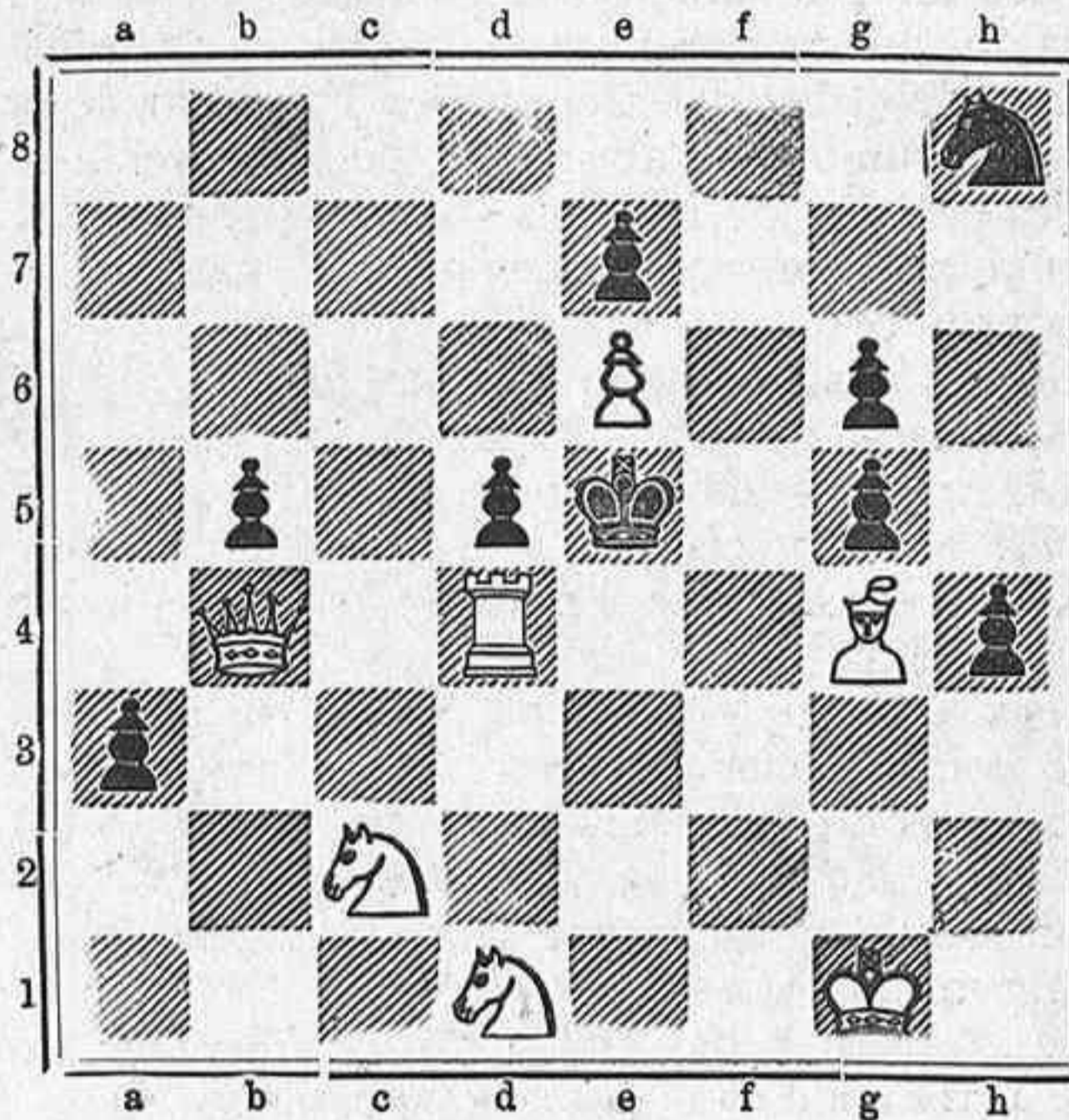
En uno de nuestros números anteriores dimos cuenta de que en París varias mujeres habían solicitado autorización para ser cocheras y sufrido los correspondientes exámenes de práctica y de teoría, sin que ninguna hubiese alcanzado tan alto honor por no haber salido airosas en los dos á la vez, como se requiere. Hoy el feminismo ha dado otro paso más: no contentas las mujeres con disputar á los hombres la profesión cocherial, pretenden substituirlos en la de *chauffeur*, que no sabemos si ofrece

toine, *Anna Karénine*, comedia en cinco actos y siete cuadros de M. Edmundo Giraud, sacada de una novela de Tolstoi; en el teatro Sarah-Bernhardt, *Les bouffons*, comedia de Miguel Zamacois; en el Palais-Royal, *Madame Tantalé*, vaudeville en tres actos de MM. Kéroul y Barré; y *La petite bohème*, opereta en tres actos de M. Pablo Ferrico, con música de M. Enrique Hirschmann; en el Ateneo, *La soeur*, comedia de M. Tristan Bernard; en el teatro Rejane, *La fille de Jephthé*, comedia en un acto de Félix Cavallotti; y en el Vaudeville, *Princesses d'amour*, comedia en cuatro actos de la Sra. Judith Gautier.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 451, POR V. MARÍN.

NEGRAS (9 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 450, POR V. MARÍN.

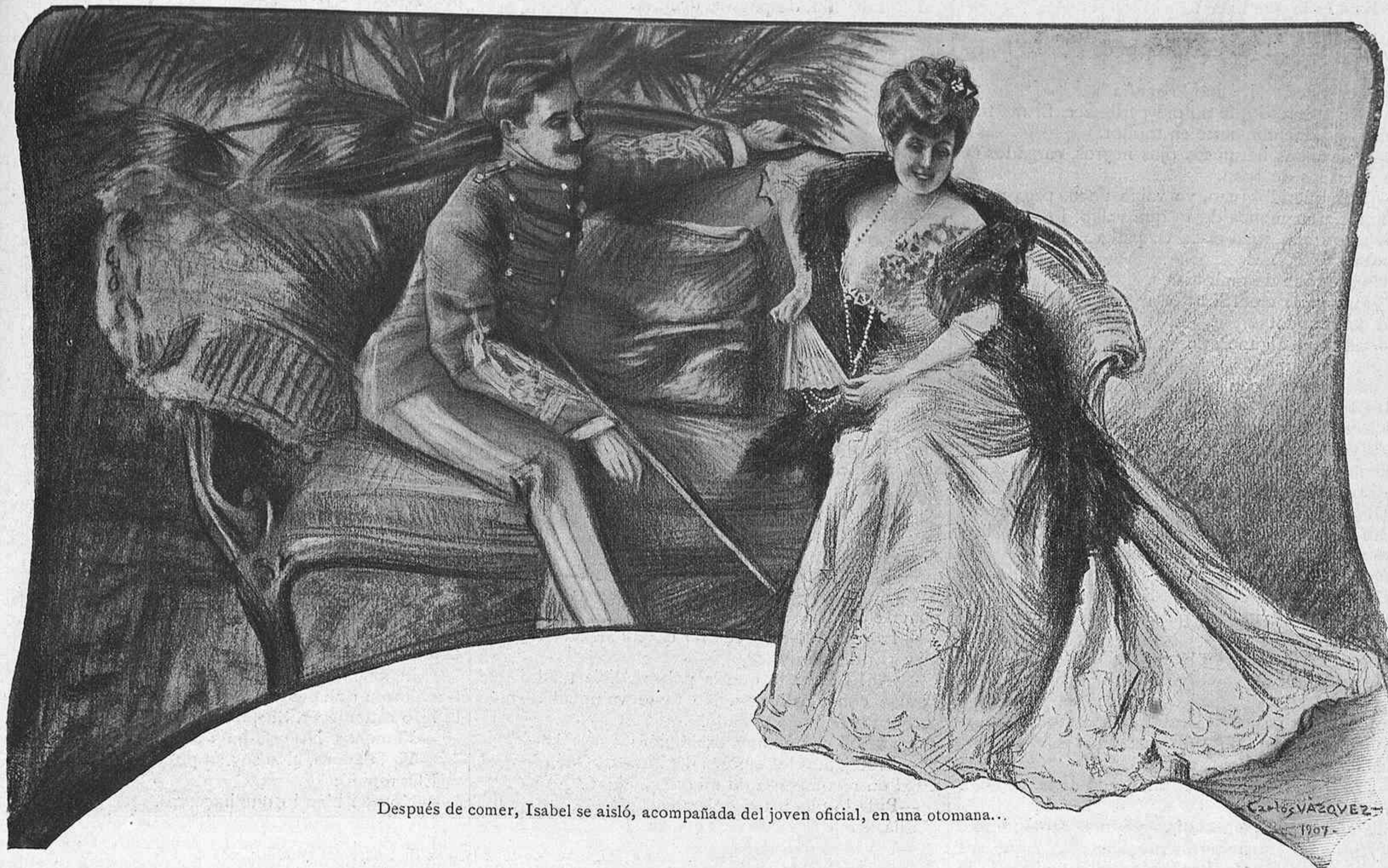
- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D b7-c8 | 1. g7-g6 |
| 2. A f8-a3 | 2. Cualquiera. |
| 3. D ó C mate. | |

VARIANTES

- | | |
|-----------------|------------------------|
| 1..... R d4-c3; | 2. C c7-b5 jaque, etc. |
| R d4-e5; | 2. D c8-f5 jaque, etc. |
| T a6-b6; | 2. A f8xg7 jaque, etc. |
| c6-c5; | 2. A f8xg7 jaque, etc. |
| Otra jug.ª; | 2. C c7-b5 jaque, etc. |

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM
creé par VIOLET, 29, Bd ITALIENS, Paris.

Y y
sencil
—
Entra
Los
en el
jaban
prime
hijo; p
nado
de un
— V
—
que m
dera p
gría, s
y desp
Ad
Marce
hacer
huella
lor, co
por su
— I
licenc
Pau
miran
dez un
una r
de un
gitivas
rehus
mos ó
lestia.
sos y
lunta
pio tí
tosam
y apr
vefa
des a
temia



Después de comer, Isabel se aisló, acompañada del joven oficial, en una otomana...

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, coronada por la Academia Francesa.—ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

Y ya acariciaba un proyecto cuya ejecución era sencilla y fácil.

—¿Quieres despedirte de mi madre?, dijo Marcelo. Entra un momento.

Los dos amigos subieron la escalinata y entraron en el salón, donde la señora Guibert y Paula trabajaban á la débil luz del crepúsculo. El rostro de la primera se iluminó al abrirse la puerta y ver á su hijo; pero el de la joven siguió obstinadamente inclinado sobre un cubrecamas que bordaba para la cuna de un sobrinito.

—Vengo á despedirme de ustedes, dijo Juan.

—¿No espera usted á su amigo? ¿Ya tiene usted que marchar?, preguntó la señora Guibert con verdadera pena, pues apreciaba su viveza juvenil y su alegría, sin hacer caso de su reputación de joven ligero y despreocupado.

Además le estaba agradecida porque distraía á su Marcelo como ella no se atrevía ni hubiese sabido hacer; á su pobre hijo, en quien iba siguiendo las huellas de su pena abrumadora, la marcha de su dolor, como quien sigue un fúnebre convoy, temblando por su altivez sombría.

—Dentro de tres días embarcaré en Marsella. Mi licencia acaba antes que la de su hijo.

Paula alzó por fin la cabeza. Juan, que la estaba mirando, leyó en sus ojos un reproche, y en su palidez un sufrimiento. Pero siempre podemos dudar de una mirada y del curso de la sangre bajo las rosas de una cara. Son estas expresiones tan rápidas y fugitivas y de una interpretación tan misteriosa, que rehusamos voluntariamente interpretarlas si las creemos desfavorables ó que deban procurarnos una molestia. Aquella niña de cara seria, modales armoniosos y cuya gracia algo altiva dejaba adivinar una voluntad concentrada, le atraía y desconcertaba al propio tiempo. Hubiérase alegrado de oír hablar amistosamente y su reserva le paralizaba. Su aprobación y aprecio le hubiesen exaltado y fortalecido; pero veía que para merecerlos era preciso emprender grandes acciones, experimentar grandes sentimientos, y temía lo que en su interior llamaba *andar sobre las*

cimas. Y sobre todo evitaba con cuidado meditar acerca de la impresión ambigua que le causaba. ¡Cuántas vidas se deslizan en pleno equívoco, sin profundizar el secreto de afinidades que hubiesen modificado su destino, y cuya energía presentida espanta á la mayoría de los hombres!

La señora Guibert quiso acompañar al joven hasta el patio. Al pie de la escalinata le dijo muy de prisa y en voz baja, aprovechando un momento en que Marcelo estaba algo separado:

—*Cúidele* mucho durante este invierno. Yo se lo suplico.

Juan miró á la anciana con dulzura. Su confianza en él le conmovía.

—Se lo prometo, señora. Es mi hermano mayor.

Y volviendo la cara, vió y admiró sobre la escalinata el perfil enérgico, la silueta de líneas puras de Paula vestida de luto. Pero ella miraba hacia adelante, contemplando las rosadas tintas de aquel cielo de otoño desvaneciéndose en lo alto de los montes...

Aquella misma tarde Juan Berlier comía en la Chénaie, en donde encontró, como siempre, á Isabel Orlandi. Aunque próxima á casarse, nunca había sido tan audaz en su *firteo*, ni jamás había demostrado un desprecio tan grande á las conveniencias sociales. Mientras tanto, el Sr. Landeau, aprovechando una gran baja en los mercados industriales y descubriendo con tacto el moderno sistema de seducir, hacía la corte á su futura, desde lejos, realizando grandes ganancias, cuyo empleo saboreaba ella de antemano. Sus cartas contenían breves pero significativas alusiones á sus éxitos financieros, cuya virtud galante adivinaba.

Después de comer, Isabel se aisló, acompañada del joven oficial, en una otomana medio oculta entre un frondoso grupo de palmeras y helechos.

Para que sus reuniones resultasen agradables, la señora Dulaurens toleraba estas intimidades mientras no se prolongasen demasiado.

A Juan le hacía falta una complicidad femenil para realizar su proyecto, de una sencillez extrema.

Éste consistía en llevar á Alicia, bajo un pretexto cualquiera y á una hora conveniente, al bosquecillo de encinas, en donde se encontraría de manos á boca con Marcelo, que vendría por la carretera de Chaloux. Pero él solo no podía llevar á la joven á disfrutar de la fresca sombra de los árboles. Necesitaba una aliada de cuya discreción estuviese seguro.

«Esta podría servir—pensaba mirando á Isabel.—¿Pero será leal?»

Como no podía elegir, se decidió por aquella alianza sospechosa.

—¿Qué tal le parece á usted el dragón?, preguntó á su linda acompañante, señalando á través de las verdes plantas al vizconde de Marthenay que hacía monerías delante de Alicia, mientras la pobre muchacha, por no verle, se absorbía en la contemplación de un libro de imágenes cuyas hojas se olvidaba de volver.

Ella se echó á reír.

—¿El dragón? Es el Sr. Landeau de Alicia. Cada una tiene el suyo.

—¿Quiere usted ayudarme á jugarle una mala pasada?

—¡Ya lo creo! Recordaremos el día de la batalla de flores.

—Entonces venga usted mañana, después de almorzar, á las cuatro próximamente. Yo estaré aquí.

—Si usted viene, tendré que venir. ¡Es de clavo pasado!

—Acercándose á su rubia amigueta, cuyas mejillas están pálidas desde hace unos días, le dirá usted: «Es preciso distraerse, respirar el aire del bosque; no encerrarse entre cuatro paredes.»

—Yo diré á mi rubia amigueta: «Es preciso distraerse, etc.»

—Y nos la llevaremos al bosque de encinas.

—Y al bosque de encinas nos la llevaremos.

—A una señal mía la dejaremos...

—¿Hablamos en verso?

—La dejaremos sola. Y si usted ve ó comprende algo, ¿guardará el secreto?

—¡Si no entiendo una palabra!

—Esto es lo que hace falta.
 —Dígame por lo menos qué es lo que verá.
 —¡Eva curiosa! ¿Es usted capaz de guardar un secreto?
 —Si es usted quien me lo confía, sí.
 —Es un secreto que no me pertenece. Si me traiciona usted, me convierte en traidor.
 Ella clavó sus hermosos ojos negros, cargados de deseos, en los de Juan.
 —Juan, querido Juan, yo valgo poco; pero usted me aprecia en menos de lo que valgo. Por complacerle arrostraría toda clase de peligros... y hasta de molestias.
 —Sobre todo de molestias.
 —¡Pues ya lo creo! Si usted me quisiera, le seguiría al fin del mundo.
 —¿Sin lujo alguno?, preguntó él con sonrisa incrédula.
 Y ella contestó con risa nerviosa y enseñando sus brillantes dientes:
 —Desnuda como un gusano.
 Los dos se estremecieron á causa de aquellas imprudentes frases. Él sintióse invadido por la tristeza ante aquel cuerpo hermoso cuyas formas y blancura adivinaba. Ella, antes de casarse, como quien se echa de cabeza á un precipicio, gozaba sintiendo el voluptuoso vértigo de jugar al borde del abismo.
 Juan se callaba, pero en su rostro rígido ella leía el poder que sobre él ejercía. Se atrevió á cogerle la mano y le dijo en italiano para velar algo su audacia:
 —Yo vi amo.
 Juan ya no pensaba en la cita de Marcelo. Su buen humor y sus aires de conquistador, flores risueñas de su juventud, no llegaban á dominar su naturaleza delicada, leal y casi tímida. Así es que momentáneamente enamorado, no pronunció las palabras que Isabel esperaba.
 —¿Entonces, dijo, por mí renunciaría usted á Landeau?
 Ella encontró algo necia la pregunta, y comprendió que Juan sólo era impertinente á medias y que sus atrevimientos eran fanfarronadas. Sin embargo, le gustó aún más. En el fondo de su corazón sediento, cuya perversión tenía los titubeos de una debutante, guardaba un resto de candor infantil que sintióse conmovido por aquella inesperada honradez de Juan. Pronto vuelta en sí de su extrañeza, replicó:
 —Yo no renuncio á nada.
 Y de nuevo dejó oír su risa equívoca. Él comprendió lo que ella callaba, y á pesar suyo se puso colorado, lo que le molestó en extremo.
 Por entre las plantas verdes vieron á Alicia levantarse y atravesar el salón como una sonámbula. Llevaba un traje de seda blanca que sentaba divinamente á su matiz de rubia. Isabel inventarió aquel traje de una ojeada rápida. Aquel examen la puso de un humor cruel y murmuró:
 —Una tela muy rica y muy bien cortada. ¿Podría usted, señor teniente, ofrecerme uno igual después del casamiento?
 Él volvió á la realidad, y se alegró interiormente de haberse mostrado tan ingenuo.
 —¿Con mi sueldo?, preguntó.
 —¡Qué le vamos á hacer! A mí me gusta todo lo que brilla.
 —No es oro todo lo que brilla.
 —En efecto, hay además diamantes y toda clase de piedras preciosas.
 Algo desdeñoso contestó:
 —Sí, todos procuran huir á la vida y tratan de olvidarla. Su madre tiene su perro, mi tío sus rosales y usted sus trajes. El amor viene en segundo término y de cualquier manera.
 —Veo que por fin se vuelve usted un hombre sensato.
 Con el corazón tranquilo volvió á ocuparse de su proyecto.
 —¿De modo que guardará usted el secreto que mañana averiguará?
 —Si digo una palabra, consiento en amar á Landeau.
 —¿Quiere usted dejarse de bromas?
 —Si no son bromas. Mi futuro es la cosa más formal del mundo. Si yo vendo su secreto, será señal de que ya no me gusta usted.
 —¡Ah! No, no me basta; puedo dejar de gustarle de un momento á otro.
 —¡Ingrato!
 Y señalándole con la mano, en ademán de presentarlo á un público imaginario, dijo:
 —¡Es todo un buen mozo y el pobrecito no lo sabe!
 Y añadió alzando la mano:
 —Se lo juro. ¿Está usted contento? Ea, diga usted de qué se trata.

Él dudó aún; después se decidió:
 —Mi amigo Marcelo Guibert tiene que decir no sé qué cosas á Alicia Dulaurens, y para ello la esperará en el bosque de encinas.
 —¡Ah!, exclamó Isabel algo intrigada. Pero para ello no tienen necesidad de nosotros.
 —Sí, porque Alicia no sabe nada. Si lo supiese no iría.
 —¡Qué tonta! Pero tiene usted razón, de ella nada me extraña. Es capaz de todas las tonterías.
 —Mejor dicho, de todas las timideces. Tiene un alma hermosa y reservada.
 —Mejor dicho, escrupulosa. Pero ella es rica, puede elegir el marido que más le guste; lo cual, dados los tiempos, es un lujo raro. ¿Cómo no prefiere el capitán Guibert al soso y presumido Marthenay? A mí el capitán me gusta mucho, casi tanto como usted. Sin embargo, me da miedo; siempre me parece que me va á reñir.
 —Como que lo merece usted.
 —¿Lo merezco? Ríñame, pues, pero no mucho. El dragón es un estúpido. Y esta enfermedad es casi siempre incurable.
 La señora Dulaurens estaba ya algo preocupada y se aproximó á ellos creyendo que su conversación había durado demasiado. Les preguntó:
 —¿Alicia no está con ustedes?
 —Acaba de salir del salón. Mire usted, ahí viene.
 Cuando se alejó, Juan dijo de prisa para acabar de ponerse acordado:
 —La señora Dulaurens no quiere separarse de su hija. ¿Entiende usted?
 —¡Ah! De modo que la pobre Alicia tendrá que casarse con Marthenay. No tiene voluntad alguna; parece un polluelo mojado.
 Y añadió con cómica exaltación:
 —Protejamos los amores ilegítimos. ¿Qué me dará usted en recompensa de mi complicidad?
 —Pida lo que usted quiera.
 Ella le miró con los ojos entornados, provocadores.
 —Un beso de sus labios.
 Juan, vuelto en sí de su ingenuidad, contestó rápidamente:
 —Conforme.
 Y ahora fué ella quien enrojeció. Después se echaron á reír con la ligera cortadad que acompaña toda promesa de un placer, y dejando su retiro, se mezclaron en la conversación general.

IX

LA DESPEDIDA

Al día siguiente, todo sucedió como se había previsto. Isabel Orlandi y Juan Berlier llevaron á Alicia Dulaurens á dar su paseo por el parque, hasta el bosque de encinas en donde les esperaba Marcelo. En el recodo de un sendero los dejaron frente á frente, mientras ellos seguían paseando sobre las hojas que el otoño había secado.
 Alicia, asustada, llevóse una mano al corazón. Su primer impulso fué huir, pero sintió que le temblaban las piernas y que el aire le faltaba.
 —¡Quédese, por favor!, le dijo Marcelo con una voz grave y de mando, que nunca le había oído. Perdóne usted mi audacia. Me marcho á Argel y no he tenido valor para alejarme sin verla.
 —¡Ah!, exclamó pálida y temblorosa. ¿Qué dirá mi madre?
 Solo el segundo pensamiento fué para su madre. Pero él creyó que su primer grito también se refería á ella, y lleno de despecho, frunció las cejas. Sin embargo, recobró en seguida el tono de antes.
 —Alicia, yo quiero decirle que la adoro. Paula me dijo que usted me amaba. ¿Es verdad? Quiero oírlo de sus propios labios.
 Ella empezó á temblar y se llevó las dos manos á la garganta cual si se ahogara, sus mejillas perdieron el color y sus ojos miraron sin verlas las hojas secas que tapizaban el camino. Las ramas de las encinas, movidas por el viento, se estremecían con lúgubre murmullo. El cielo rosado, visto á través de las copas de los árboles, anunciaba el fin del día.
 Con un lamento de infinita ternura murmuró:
 —No puedo decirselo.
 Y esta era la confesión suave y pura de aquella alma delicada.
 Emocionado hasta el fondo del alma, contempló con nuevos ojos á aquella criatura tímida que en pie, á unos cuantos pasos de distancia y con las espaldas cubiertas con un chal blanco, se destacaba como una aparición bajo la verde bóveda. Sus largas pestañas medio velaban sus ojos celestes. Detrás de ella, por entre las ramas, veíase el sol descender con sus reflejos de incendio; los negros troncos de las encinas

proyectábanse en él, y las hojas de los árboles tenían tonos ardientes de sangre y oro.
 —Alicia, le dijo, si me ama como yo la amo, prometa usted ser mi mujer.
 Ella miró por fin el rostro enérgico del joven.
 Y comprendió que había sufrido por culpa de ella y sus ojos se velaron de lágrimas.
 —No puedo..., Marcelo... Mis padres...
 No pudo continuar, pero sus lágrimas hablaban por ella.
 Él se acercó y le cogió la mano. Ella no la retiró.
 Con voz firme, persuasiva, siguió diciendo:
 —No se preocupe usted, Alicia. Obtendrá su consentimiento. Tenga usted valor y voluntad para esperar. El tiempo nos ayudará. Sólo le pido que tenga constancia. Yo realizaré grandes hazañas. Marcho con una expedición al centro del Africa. Sabré conquistar á mi prometida.
 Alarmada, empezó á suplicar, y sus temores revelaban su amor.
 —No, no, no quiero. No quiero que por mi exponga usted su vida. ¡Ah! Si usted... me amase de veras, no se marcharía.
 —Me marcho porque la adoro, Alicia.
 —Usted no me conoce. Tengo miedo. Tengo miedo de todo. Soy una pobre muchacha. ¡Oh! ¡Cómo me pesa la frente!
 Y llevó la mano que tenía libre á su frente y después á su pecho.
 —¡Siento un peso muy grande sobre mi pecho.
 —¡Alicia, no tema usted!, dijo él con pasión. Yo la amo y la protegeré.
 É inclinándose, rozó con sus labios la manecita temblorosa que guardaba entre las suyas. Aquel beso la hizo estremecer. Suspiró y dijo:
 —Vámonos. No está bien lo que hacemos.
 —Yo la adoro. ¿No soy su prometido?
 Ella repitió:
 —No está bien lo que hacemos.
 Uno junto al otro, inmóviles, se miraban.
 Los colores de la tarde palidecían. Una niebla azul palpitaba en el parque, bajo los árboles y sobre la hierba. Era la hora misteriosa en que todo se enternece por el miedo á morir. Aún la luz no había desaparecido, pero era una luz delicada, tenue, de una languidez encantadora. Y el sendero que se perdía en el bosque era á veces de color de rosa, á veces de color violeta.
 En los ojos de la joven vió los reflejos del ocaso. Toda la melancolía de la naturaleza moribunda se reflejaba en aquel espejo animado.
 Jamás había sentido como entonces la fragilidad del objeto de sus amores. Jamás como entonces había ella sentido el casto deseo de apoyarse en aquella joven energía. Y sin embargo, al atraerla hacia él, inclinándose para abrazarla, le rechazó dulcemente con sus manos delicadas, murmurando por tercera vez:
 —¡Oh! No. No está bien lo que hacemos.
 Aquella virtud palpitante que disimulaba tan débilmente el cariño, le llenaba de respeto y emoción.
 —Alicia, dijo otra vez, es preciso que me jure usted ser mi mujer.
 Y ella contestó como antes había contestado.
 —No puedo jurarlo. Mis padres no quieren.
 Extrañado de no haber obtenido ninguna ventaja desde el principio de aquella entrevista deseada con tanta vehemencia, y que debía fijar su porvenir, replicó con firmeza, seguro de su amor y de convencerla:
 —Alicia, Alicia, yo voy á partir. Tal vez esté ausente unos cuantos años. ¿Pero qué representan dos ó tres años cuando se ama de veras? Cuando se ama de veras es para siempre. Yo quisiera llevarme su promesa. Me daría valor y sería mi salvaguardia. Alicia, yo la quiero más que á mi vida. Mejor aún, sin usted no quiero la vida. Los obstáculos no tienen valor cuando se ama. Júreme usted que durante mi ausencia me guardará su corazón y esta manecita tan fría que ahora estrecho entre las mías.
 Ella estaba cohibida, inmóvil y muda. Su vida se había deslizado sin inciativas. Ni siquiera sabía si tenía ó no voluntad. Su amor la había invadido sin darse cuenta, y la afligía con su pasión, que á ella le parecía excesiva y prohibida.
 Él la contemplaba—tan pálida y débil—con una infinita bondad, con el único deseo de protegerla contra las asechanzas de la suerte. Viendo que seguía callada, insistió:
 —Alicia, la amo. Se acerca la noche, es preciso separarnos. El aire de otoño empieza á ser fresco. ¿Me dejará usted partir sin una palabra de esperanza?
 Era la hora melancólica, la hora del recogimiento, antes de que todo vaya á mezclarse en la sombra, antes de morir. La última hora del crepúsculo iluminaba aquel puro rostro angelical, aquellos cabellos de oro. Y el blanco chal era una mancha clara entre los árboles.

Ella seguía muda é inmóvil como una muerta. Veía la lucha imposible para convencer á su madre, y el matrimonio imposible con Marthenay. Ignoraba la fuerza que podemos ejercer sobre nuestro destino cuando nos atrevemos á guiarlo con mano que no tiemble. El amor le abría de par en par todas las puertas de la vida. Y estaba asustada, tenía miedo. ¿En qué había ofendido á Dios para verse obligada á elegir por sí misma? ¿Por qué su camino no se le presentaba llano y fácil? Paralizada por el temor, no podía elegir.

¿Por qué él no seguía hablando de su dolor? Estaba tan trastornada que se hubiese conmovido y prometido. Si hubiese intentado cogerla entre sus brazos como antes, no le habría rechazado; hubiera descansado su cabeza sobre su pecho valeroso.

Pero él no quería arrancarle la promesa; quería recibirla de su propia voluntad. Esperaba, y á medida que pasaba el tiempo, contemplaba con mayor compasión aquella pobre niña de un amor tan débil. Ni el pudor, ni la timidez, ni la reserva natural, explicaban su silencio. Las circunstancias eran demasiado graves para que dudase en hablar si sentía deseos de ello. Los obstáculos que les separaban no eran más que barreras de vanidad y egoísmo fáciles de romper. Ella amaba, y sin embargo permanecía callada.

Marcelo comprendió que seguían caminos diferentes. Irguióse con altivo desdén. No obstante, para despedirse dominó su orgullo y le dijo con indulgente lástima:

—No, Alicia, no prometa usted nada. Le devuelvo á usted la palabra que empeñó á Paula. Usted no tiene energía para amar.

Y con voz firme añadió, dejando caer la manecita fría, que no opuso la menor resistencia:

—Adiós, señorita; jamás nos volveremos á ver.

Ella vió cómo se alejaba por la alameda en donde vagaban las sombras que acompañan la caída de la tarde. Él no volvió la cabeza. Ya no se le veía y aún seguía ella buscándole con los ojos. El bosque se estremecía al primer soplo del viento de la noche. Una hoja se cayó de un árbol y pasó rozando los cabellos de Alicia.

Y ante aquel presagio del invierno, sintió la muerte alrededor de ella, dentro de ella.

Cual dos fantasmas juguetones y alegres, Isabel y Juan aparecieron entre las encinas. La encontraron inmóvil en el mismo sitio donde la dejó Marcelo. Al hablarle, escapó sin contestar, y corrió hacia su casa á ocultar su cobardía. Ni siquiera pensó en confesar su pena á Juan Berlier, que podía salvarla del desastre. Corrió á su cuarto, ocultó la cara entre las manos y lloró. Y ni en medio de su dolor soñó en la lucha, abandonándose al destino cruel que consideraba inevitable...

Después de la fuga de Alicia, Isabel y Juan se miraron sorprendidos.

—¡Pues no lo entiendo!, exclamó él.

—¡Pues yo sí!, dijo ella. ¡Otra que tiene miedo á la vida! Hoy en día todas somos iguales. Queremos riquezas y nada de peligros. Sólo conozco una mujer capaz de ir por amor al otro extremo del mundo con un traje de percal.

—¿Quién?

—Paula Guibert.

Aun antes de que pronunciase aquel nombre, apareció bruscamente ante él el perfil enérgico, la silueta de líneas puras de Paula vestida de luto. Isabel tuvo la intuición de lo que pasaba en él y, celosa, se acercó diciéndole con su voz más acariciadora:

—¿Y mi comisión? ¿Se ha olvidado usted de ella?

Y le presentó su cara. Y entre las débiles luces del crepúsculo, Juan pagó la comisión prometida...

Marcelo no volvió la cabeza hasta llegar á la cuesta del Maupas. Allí se paró y vió la Chênaie entre sombras, mientras que los montes resplandecían de luz. Una larga nube formada por pequeños copos se arrastraba, cual un velo desgarrado, por las montañas de enfrente, cuyas laderas, á los reflejos del crepúsculo, se teñían de un color rosa tan fino, tan delicado,

que evocaba la garganta, surcada de venas azules, de alguna diosa de los Alpes, medio oculta entre velos y gasas.

Esperó, con crueldad, que las sombras llegasen á las cimas destruyendo aquella alegría del espacio,



Ya no se le veía y aún seguía ella buscándole con los ojos

borrando aquellos voluptuosos colores. En la tristeza que envolvió al paisaje creyó respirar mejor. Más alegre, atravesó el bosque casi sin hojas que dejaba ver entre los troncos de los árboles trozos del ensangrentado cielo. A su alrededor, los mochuelos, siniestras aves del otoño y de la noche, empezaron á llamarse con sus gritos de angustia, terroríficos como ayes de víctima, que hielan el alma de los retrasados caminantes.

En la verja del Maupas encontróse con su hermana, que inquieta había salido á su encuentro. Paula conoció al verle el resultado de la entrevista.

—¡Ay!, exclamó.

Con pocas palabras la enteró de todo.

—Tiene miedo á la vida. No somos de la misma raza.

Ella le tomó el brazo, y al inclinarse hacia él para abrazarle, se detuvo estremeciéndose:

—¿Oyes?

—Son los mochuelos. El bosque está todo lleno de ellos.

—Vámonos. Me ponen nerviosa. La gente dice que anuncian la muerte.

Él hizo un gesto de suprema indiferencia...

X

LA PARTIDA

La última comida que se hace en familia antes de partir, se parece por su tristeza á la que se hace después de la desaparición definitiva de uno de los comensales de siempre.

Aunque no falte nadie, la alegría ha desaparecido. Cada uno trata de distraer á los demás, y de aquel esfuerzo cariñoso y estéril nace una profunda melancolía.

Así es que el comedor del Maupas, á pesar del sol de octubre que lo invadía, estaba callado y triste. Marcelo debía partir á la caída de la tarde en el carrerón de Trelaz para tomar el tren de las seis. Al apagarse la conversación, nadie soñaba en reanudarla. Palabras insignificantes, pronunciadas sin gana, la reavivaban por un momento, para volverse á apagar de nuevo. María, la antigua criada, había preparado los platos que más gustaban al capitán; y al llevárselos á la cocina casi intactos, murmuraba con un tono regañón que traslucía su mal humor:

—¡Parece mentira! ¡No comen nada!

Después de almorzar, Marcelo salió á dar un paseo con Paula.

—Deseo volver á ver mis paisajes preferidos.

Por entre viñedos en pendiente subieron hasta los castañares de Vimines, que abrigan con su

sombra un espeso musgo en donde, cuando niños, iban á coger setas de carne dura, impregnada del aroma del bosque. Desde la linde del castañar se veía el lago de Bourguet, en su cuenca de montañas que sus aguas dormidas reflejan. Para verlo en toda su belleza es preciso la luz moribunda del crepúsculo.

—Ahora, vamos á ver la cascada, dijo Marcelo.

Quería, antes de marcharse, grabar en su memoria todos los lugares solitarios y característicos que habían contribuido á formar su alma apasionada.

De Vimines, cuyo campanario puntiagudo domina el valle, se baja á la cascada de Coux, por entre viñedos y vergeles, siguiendo un camino en zig-zag, de donde se descubren paisajes diversos: enfrente, un caos de montañas escaladas atrevidamente por apretadas filas de pinos; á la izquierda, el Nivolet, de puntiagudas aristas, con laderas bañadas por una luz azul; á la derecha, la entrada del valle de Échelles y de la Chartreuse. Marcelo se detuvo al ver—entre dos hayas de hojas de oro que al limitarla daban mayor precisión á su encanto salvaje—la cascada larga, estrecha, blanca, que caía de una altura de más de cien pies, rompiéndose en polvo de plata al chocar con el suelo. Él sonreía extático.

—¡Qué hermosa resulta dentro de ese marco que la aísla! No bajemos aún. Tenemos que visitar el bosque de Montcharvin y el barranco de Forezan.

Eran antiguos dominios del Maupas que tuvieron necesidad de vender cuando la ruina de su tío. Eran lugares muy queridos para él, porque estaban más cerca de su casa y por lo tanto le eran más familiares. Una vez vendidos, su encanto no había desaparecido. La belleza de la tierra no se compra; pertenece á quien la descubre, la comprende y goza con ella.

El Forezan es un barranco profundo de rápidas pendientes cubiertas de una intrincada y salvaje maleza. En algunos sitios sus laderas son algo más suaves y permiten bajar hasta el arroyo de cristalinas aguas que corre por el fondo. Allí, bajo una bóveda siempre verde, se respira una paz profunda.

Marcelo, que iba delante, volvió la cabeza y vió á su hermana enredada entre la maleza que obstruía el sendero. En vez de ayudarla exclamó:

—¡Qué bonita estás entre la maleza!

—Más valdría que en vez de decir tonterías vinieses á ayudarme.

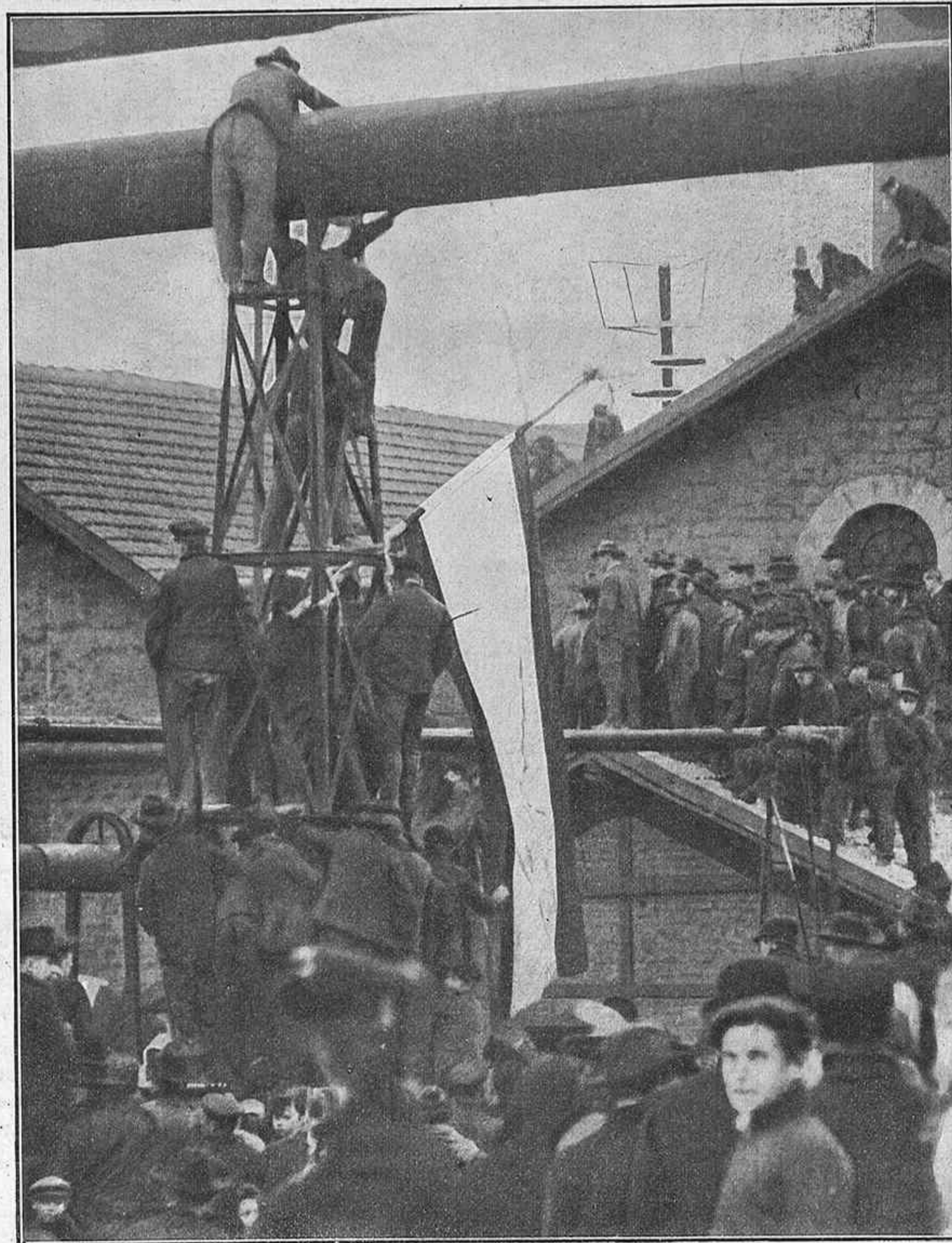
Pero él no se apresuraba. La gracia ardiente y natural de la joven armonizaba maravillosamente con aquel paisaje virgen y lleno de vida. No pudo menos de admirar la elegancia de movimientos con que se desembarazaba del obstáculo, y el vivo destello de salud con que el paseo había colorado sus mejillas. Cuando él llegó, ella saltaba, libre de las últimas zarzas que la aprisionaban.

(Se continuará.)

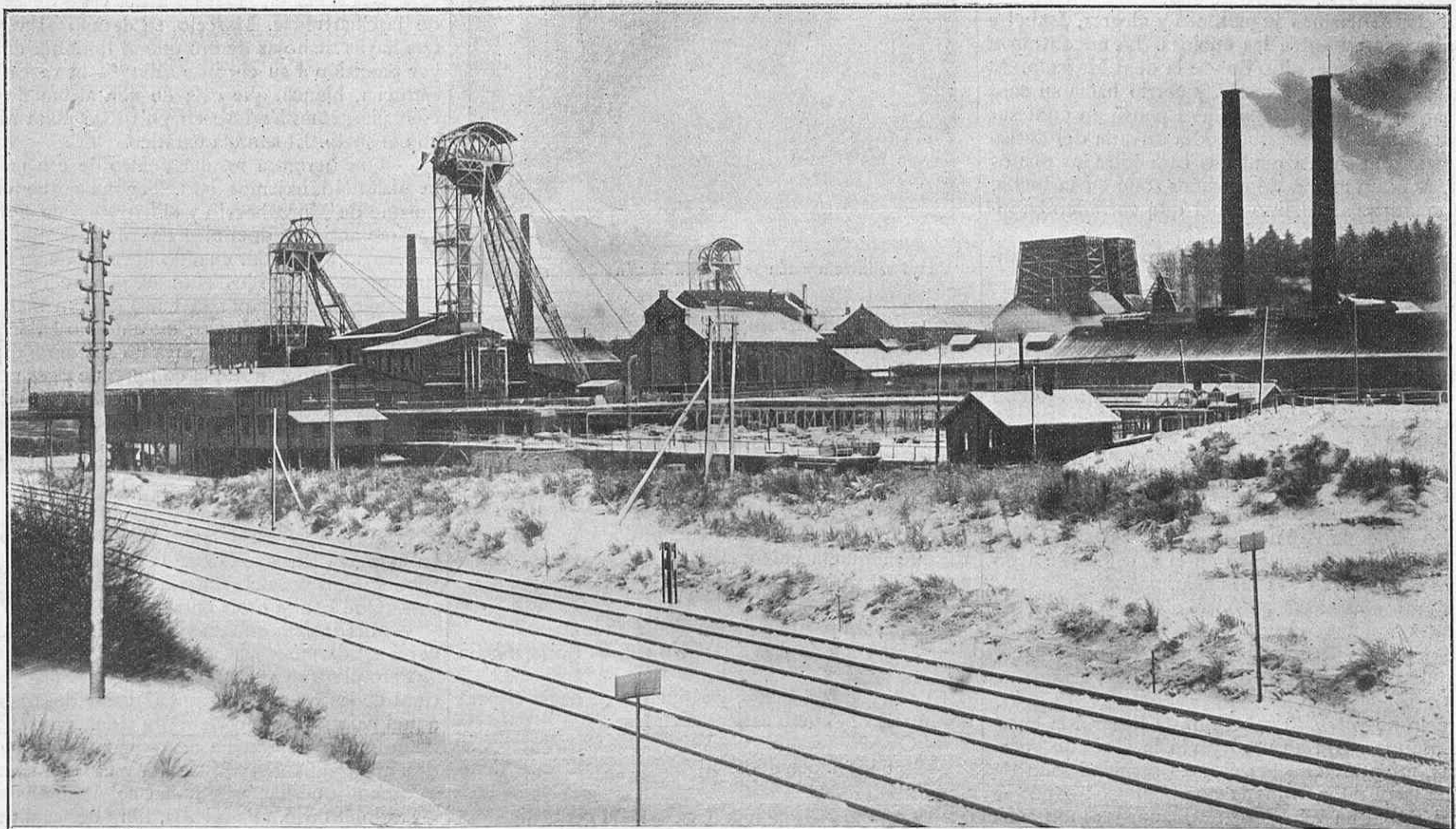
LA CATÁSTROFE MINERA DE SAARBRUCK (ALEMANIA)

Una nueva catástrofe minera ha venido á sumarse á la todavía reciente de Courrières. El 28 del mes pasado ocurrió una espantosa explosión de grisú en el pozo Bildstock de la mina de Reden, en la región de Saarbruck (Alemania Occidental), quedando sepultados centenares de mineros. Parece comprobado que la catástrofe se verificó en parecida forma á la de Courrières, puesto que á la primera explosión sucedió un incendio, y produciéndose otras dos explosiones durante los trabajos de salvamento. Éstos se efectuaron con toda actividad, habiéndose sido extraídos el primer día 164 cadáveres. Éstos aparecen desfigurados, con la cara y las manos carbonizadas por completo, y muchos de sus miembros fracturados. Además se extrajeron de las galerías incendiadas 30 obreros heridos de gravedad, los cuales fueron trasladados al hospital de las minas de Neunkirchen, habiendo sucumbido ya más de la mitad. En una de las galerías encontré un obrero vivo, mas el desdichado había perdido la razón. En su desesperación, se había aferrado tan fuertemente á los rieles, que fué imposible separarlo de ellos, habiendo tenido que abandonarlo, por fin, en vista del peligro que corrían sus salvadores.

El ministro de Comercio, al tener noticia de la desgracia, se trasladó sin pérdida de tiempo á la región minera con objeto de presenciar el salvamento y repartir socorros á las víctimas, en nombre del emperador y del gobierno, pues debe advertirse que la mina de Reden pertenece al Estado. Además el emperador de Alemania telegrafiaba con frecuencia pidiendo noticias, y aun, en vista de la magnitud de la catástrofe, decidió que saliese para el lugar del suceso, ostentando su representación, el príncipe Federico Leopoldo, quien asistió el día 30 por la tarde al entierro de las víctimas, imponente manifestación de duelo en que tomó parte una inmensa multitud. El príncipe Federico Leopoldo, en nombre del emperador, pronunció un sentido discurso rindiendo tributo á la memoria de los obreros muertos, asegurando que aquél ha hecho y hace todo cuanto pueda para socorrer á las viudas y á los huérfanos, y á los heridos y á sus familias. «Sirvanos de consuelo, añadió, la consideración de que cada uno de ellos cumplió con su deber.» También M. Delbruck, ministro de Comercio, puso de relieve el sentimiento del jefe del Estado alemán por no haber podido presidir el duelo personalmente. El día 1.º del corriente habían terminado casi por completo los trabajos de salvamento. Entre los telegramas de pésame que el emperador Guillermo II ha recibido con motivo de esta desgracia, figuran uno del papa Pío X y otro del presidente M. Fallières, los cuales han producido en Alemania excelente impresión. Además el ministro francés de Negocios extranjeros, recordando los esfuerzos de los salvadores alemanes en Courrières, telegrafió al embajador de Francia en Berlín rogándole que transmitiese al canciller del Imperio el pésame del gobierno de la República. También ha sido acogida con gratitud vivísima la oferta de M. Darcy, presidente del Comité carbonífero francés, poniendo á disposición de la dirección de las minas de Saarbruck una suma de 20.000 francos con destino á los primeros socorros. Las viudas y huérfanos de las víctimas recibirán además pensiones de la Caja de seguros de mineros y, por su parte, el gobierno alemán les aplicará con largueza la ley de accidentes del trabajo.



LA CATÁSTROFE DE SAARBRUCK. — Los mineros esperando la salida de los compañeros ilesos (De fotografía de M. Branger.)



LA CATÁSTROFE DE SAARBRUCK. — VISTA EXTERIOR DE REDEN. (De fotografía de M. Branger.)

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

IMPORTANCIA SOCIAL DEL ARTE, por *Eliseo Guardiola Valero*, con un prólogo de *Adolfo Bonilla de San Martín*. — Gran interés ofrece el libro á que nos referimos, puesto que tiene por objeto exponer la influencia social que el arte ha ejercido en las grandes civilizaciones y las ventajas que en la cultura de todos los pueblos ha reportado. Empresa noble es la realizada por el Sr. Guardiola, con su nueva obra, destinada asimismo á la vulgarización de conocimientos y á la exposición de una tesis de indiscutible importancia. Constituye un volumen de más de 300 páginas, elegantemente editado en Madrid por Victoriano Suárez, y véndese al precio de 4 pesetas.

ÁRBOLES, por *Francisco González Díaz*. — La recopilación de los trabajos periódicos llevados á cabo por nuestro distinguido amigo y colaborador de las Palmas de la Gran Canaria, forman un bonito volumen, en cuyas páginas hállase expuesta con gran acopio de datos y argumentos la necesidad de procurar el fomento del arbolado. Plácemes merece el publicista á que nos referimos.



LA CATÁSTROFE DE SAARBRUCK. — Traslación del féretro de una víctima por los obreros mineros. (Fotografía de Trampus.)

INSTRUCCIÓN ORAL DEL SORDOMUDO, por *E. Carbonero, pbro.* — Gran servicio ha venido á prestar el autor de esta obra de pedagogía didáctica, destinada á corregir los defectos de pronunciación, fijando reglas y un clarísimo método para lograr tan laudable propósito. Basta leer el libro para apreciar en toda su extensión la bondad del procedimiento adoptado y los lisonjeros resultados que pueden obtenerse. Forma un volumen de 266 páginas, públicamente editado por Ángel Aguilar, de Valencia, y véndese al precio de tres pesetas ejemplar.

CONSEJOS DEL NIÑO JESÚS Á LOS PEQUEÑOS, por *María de Echarri*. — Trátase de un libro destinado á producir gratas emociones y á despertar el sentimiento en los niños, pues gracias á la claridad de su lenguaje, á la sencillez de su expresión y al interés de sus narraciones, todos sus infantiles lectores hallarán en cada ejemplo, inspirado en la vida de Jesús, motivo para encariñarse con la obra, estimándola como su mejor amigo. El libro está embellecido con bonitos dibujos, obra del joven pintor Baldomero Gili, editado lujosamente por los señores Herederos de Juan Gili, y véndese al precio de tres pesetas cada ejemplar.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub^s St-Denis, París, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**

Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

HISTORIA GENERAL de FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ROB

BOYVEAU-LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico, Sucesor de BOYVEAU-LAFFECTEUR, Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra **ASMA**

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

APIOLINA CHAPOTEAUT

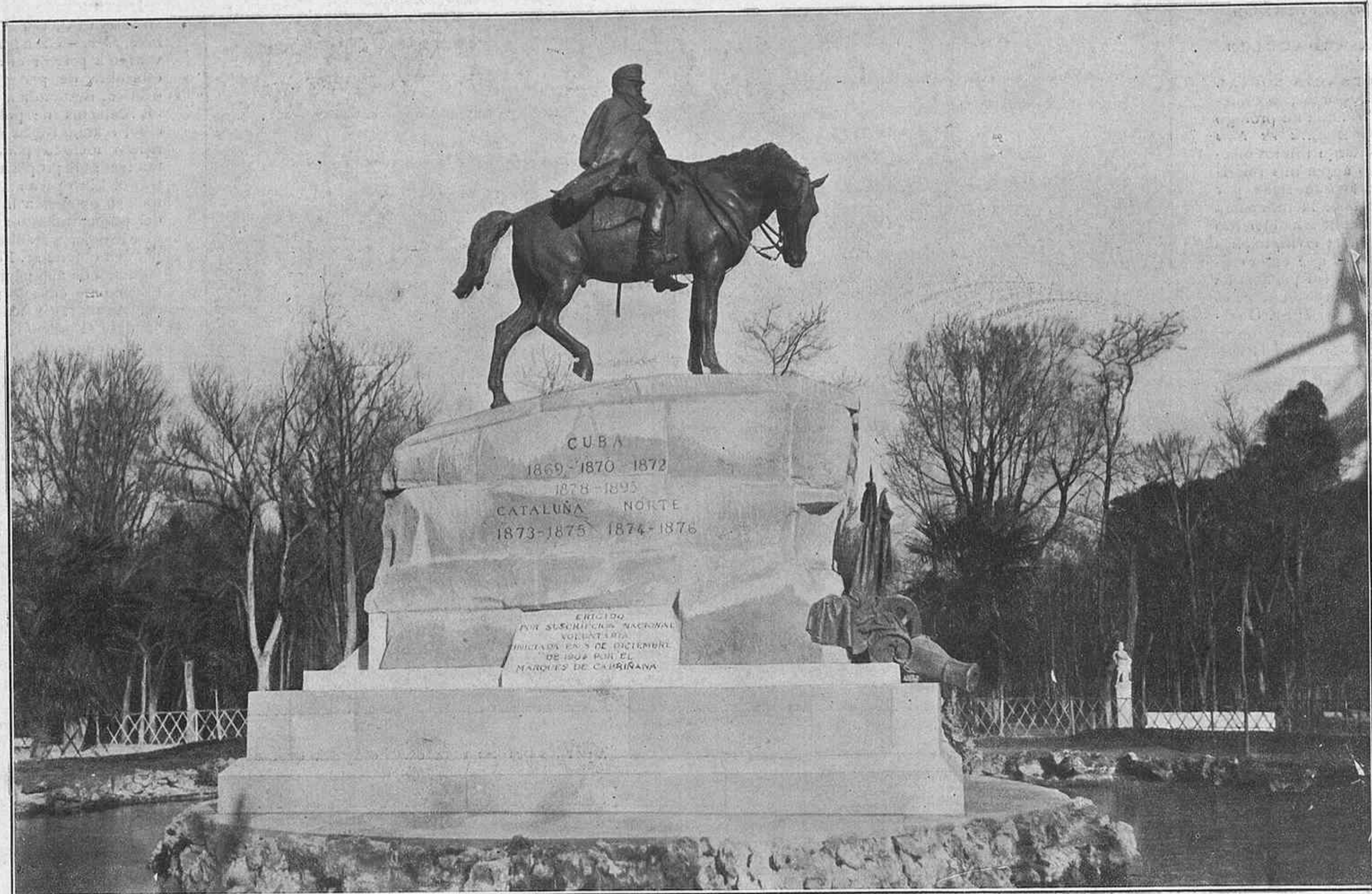
SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



MADRID. - MONUMENTO AL GENERAL D. ARSENI0 MARTÍNEZ DE CAMPOS, obra de Mariano Benlliure. (Fotografía de Toneser.)

El día 28 del pasado enero, con asistencia de la familia real, del gobierno, de las autoridades y de numeroso cuanto distinguido concurso, se celebró el acto de descubrir la estatua del ilustre caudillo español. El monumento se levanta en el lugar que ocupaba antes la Fuente de los Cisnes, cerca del paseo de carruajes del Parque de Madrid. El gran pedestal de mármol, de cuatro cuerpos, se levanta como sobre peñascos, y la estatua ecuestre sobre un bloque inmenso de piedra caliza de Tamajón, que imita al natural, como si el corcel de guerra pisara la montaña navarra en el glorioso paso del Baztan. Por todo el costado izquierdo del monumento corre un hermoso bajo relieve, que representa un episodio de la batalla de los Castillejos, á la que asistió siendo comandante de Estado mayor, y al pie del cual se lee: «Africa. - 1859-1860»

En el frente, sobre un trofeo, en bronce, de todas las armas, dominado por el estandarte de Caballería y la bandera de Infantería, copiados de los originales que estuvieron en Africa, se lee: «Al general Martínez de Campos, modelo de patriotas y soldados, España.» Del costado derecho del bloque calizo da idea la presente fotografía. En la parte posterior del monumento se lee: «Inaugurado por S. M. el rey el 28 de enero de 1907.» La estatua es una obra de arte, original y notable. El artista representa al caudillo, erguido sobre el caballo, en el momento de colocarse en el punto más elevado para dirigir todo el movimiento de las tropas. El corcel inclina la cabeza á la derecha, y la tiene baja, como si atrajera su atención el ruido marcial. La estatua ha sido fundida en Barcelona por la casa Másriera y Campins.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**
al IODURO de **HIERRO**
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, Paris.

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Date de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDES B-St-Denis, 16

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espotos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.